

Por una sociología pública*

*For public sociology**

Michael BURAWOY¹

Universidad de California en Berkeley

Recibido: 1.03.05

Aprobado: 15.03.05

RESUMEN

En respuesta a la creciente separación entre el *ethos* sociológico y el mundo que estudiamos, el desafío para la sociología pública son las diferentes formas en las que comprometerse con sus públicos. Estas sociologías públicas no deberían estar en los márgenes sino que deberían formar parte del marco de trabajo de nuestra disciplina. De esta manera haremos de la sociología pública una empresa legítima y visible y, por ende, reforzaremos en todo su conjunto a nuestra disciplina. Según esto, si observamos la división del trabajo sociológico, descubriremos una interdependencia antagónica entre cuatro tipos de conocimiento, a saber: profesional, crítico, práctico y público. En el mejor de los mundos posibles, el florecimiento de cada uno de los tipos de sociología es condición fundamental para el florecimiento de todos ellos. A pesar de que puedan asumir formas patológicas o ser víctimas de exclusiones o subordinaciones. Este campo de poder nos impulsa a explorar las relaciones entre los cuatro tipos de sociología según su transformación histórica y nacional, así como la manera en que permiten carreras individuales divergentes. Por último, la comparación entre disciplinas apunta al cordón umbilical que conecta la sociología con el mundo de los públicos, subrayando el interés particular de la sociología en la defensa de la sociedad civil afectada por la acción de los mercados y Estados.

PALABRAS CLAVE: *ethos* sociológico, sociología pública, conocimiento, profesional, crítico, práctico y público, sociedad civil.

ABSTRACT

Responding to the growing gap between the sociological ethos and the world we study, the challenge of public sociology is to engage multiple publics in multiple ways. These public sociologies should not be left out in the cold, but brought into the framework of our discipline. In this way we make public sociology a visible and legitimate enterprise, and, thereby, invigorate the discipline as a whole. Accordingly, if we map out the division of sociological labor, we discover antagonistic interdependence among four types of knowledge: profes-

¹ Michael Burawoy, Departamento de Sociología, Universidad de California, Berkeley, CA 94720 (burawoy@socrates.berkeley.edu). Han sido incontables las personas que han hecho posible este proyecto y es casi imposible recordar todos sus nombres. Sin embargo, desearía agradecer a Sally Hillsman, Bobbie Spalter-Roth y Carla Howerly de la administración de la American Sociological Association su ayuda en diferentes tareas, no sólo aportando datos y cifras sino también organizando mis compromisos públicos. Agradezco a Barbara Risman, Don Tomaskovic-Devey y a sus estudiantes así como a Chas Camic y Jerry Jacobs sus comentarios realizados a un borrador previo de este artículo. La grabación de este discurso puede obtenerse a través de la American Sociological Journal.

* Este artículo va a publicarse, en su versión inglesa, en la American Sociological Review vol. 70 (Febrero 2005).

sional, critical, policy, and public. In the best of all worlds the flourishing of each type of sociology is a condition for the flourishing of all, but they can just as easily assume pathological forms or become victims of exclusion and subordination. This field of power beckons us to explore the relations among the four types of sociology as they vary historically and nationally, and as they provide the template for divergent individual careers. Finally, comparing disciplines points to the umbilical chord that connects sociology to the world of publics, underlining sociology's particular interest in the defense of civil society, itself beleaguered by the encroachment of markets and states.

KEY WORDS: sociological ethos, public sociology, professional, critical, policy and public sociological knowledge, civil society.

*Y éste deberá ser el aspecto
del ángel de la historia.
Ha vuelto el rostro hacia el pasado.
Donde a nosotros se nos manifiesta
una cadena de datos, él ve
una catástrofe única que amontona
incansablemente ruina sobre ruina,
arrojándolas a sus pies.
Bien quisiera él detenerse,
despertar a los muertos
y recomponer lo despedazado.
Pero desde el paraíso sopla
un huracán que se ha enredado
en sus alas y que es tan fuerte
que el ángel ya no puede cerrarlas.
El huracán le empuja irremisiblemente
hacia el futuro, al cual da la espalda,
mientras que los montones de ruinas crecen
ante él hasta el cielo. Ese huracán
es lo que nosotros llamamos progreso.*

Walter Benjamin (1968)
Illuminations: Essays and Reflections
[Tesis de Filosofía de la Historia]

Walter Benjamin escribió su famosa novena tesis sobre la filosofía de la historia al tiempo que el ejército nazi llegaba a su querido París, santuario sagrado de la promesa de civilización. Retrata esta promesa en la figura trágica del ángel de la historia, luchando en vano contra la larga marcha de la civilización hacia la destrucción. Para Benjamin, en 1940 el futuro nunca había parecido tan oscuro para todo el mundo: la deriva del capitalismo en fascismo a la vez que la deriva del socialismo en estalinismo. En los albores del siglo XXI aunque el comunismo se ha disuelto y el fascismo es un mal recuerdo, las ruinas siguen creciendo hasta el cielo: el capitalismo descontrolado alimenta la tiranía del mercado, se producen incontables desigualdades a escala global, la democracia resurgente se está convirtiendo en un delgado velo que oculta los intereses de los poderosos, pérdida de derechos, aumento de la mentira y de la violencia. De nuevo, el ángel de la historia está atrapado por un huracán, un huracán terrorista sopla desde el Paraíso.

En sus inicios la sociología aspiraba a ser como el ángel de la historia, buscar orden en los fragmentos rotos de la modernidad, tratar de sal-

var la promesa de progreso. Así, Karl Marx recuperó al socialismo de la alienación, Emile Durkheim redimió la solidaridad orgánica de la anomia y del egoísmo, Max Weber, a pesar de las premoniciones de «una noche polar de helada oscuridad», pudo descubrir la libertad en la racionalización y extraer el significado del desencantamiento. En este lado del Atlántico, W.E.B. Du Bois encabezó el pan-africanismo como reacción al racismo y al imperialismo, mientras que Jane Addams trató de buscar la paz en las mismas mandíbulas de la guerra. Pero entonces el huracán del progreso se enredó en las alas de la sociología. Si nuestros predecesores trataron de cambiar el mundo nosotros al contrario hemos tratado de conservarlo en demasiadas ocasiones. En la lucha por un lugar en el olimpo académico, la sociología ha desarrollado su propio conocimiento especializado: la brillante y lúcida erudición de Robert Merton (1949), el arcano e ingente diseño de Talcott Parsons (1937, 1951), los primeros tratamientos estadísticos de la movilidad y estratificación que culminaron en el trabajo de Peter Blau y Otis Dudley Duncan (1967). En su revisión de los años cincuenta, Seymour Martin Lipset y Neil Smelser (1961: 1-8) declararon triunfalmente que la prehistoria moral de la sociología había concluido y que el camino hacia la ciencia estaba despejado. No era la primera vez que la visión comteana había calado en la elite profesional de la sociología. Ya con anterioridad se había experimentado este anhelo de lograr una «ciencia pura» sociológica. Pocos años después, los campus universitarios —especialmente aquellos en los que la sociología estaba más arraigada— estallaron en protestas políticas en favor de la libertad de expresión, de los derechos civiles y de la paz y acusaron a la sociología de pactista y de acoger acriticamente la ciencia. El ángel de la historia una vez más había sido arrastrado por el huracán.

La dialéctica del progreso gobierna nuestras carreras individuales así como nuestra disciplina. La pasión primigenia de la sociología por la justicia social, la igualdad económica, los derechos humanos, la sostenibilidad del entorno, la libertad política o, simplemente, por un mundo mejor se torna en un esfuerzo por obtener credenciales académicas. El progreso se convierte en una batería de técnicas disciplinarias —asignaturas estandarizadas, bibliografías normalizadas, clasificaciones burocratizadas, exámenes

continuos, reseñas de la literatura, tesis doctorales a medida, publicaciones evaluadas, el todopoderoso CV, búsqueda de trabajo, estabilización laboral y posterior politización de los colegas y de los sucesores para asegurarnos de que todo va según lo establecido. Pues bien, a pesar de las presiones para la normalización de las carreras, el ímpetu moral originario raramente es vencido en su totalidad, el espíritu sociológico no puede extinguirse tan fácilmente.

Aún produciéndose tales constricciones, la disciplina, individual y colectivamente hablando, ha dado sus frutos. Llevamos un siglo construyendo conocimiento profesional, convirtiendo el sentido común en ciencia. Por ello, estamos más que preparados para embarcarnos en una re-traducción sistemática de nuestra disciplina, esto es, devolver el conocimiento a sus inspiradores haciendo públicas las cuestiones referentes a problemas privados y así regenerar la fibra moral de la sociología. En esta acción descansa la promesa y el desafío de la sociología pública, ser complemento y no negación de la sociología profesional.

Para comprender qué es la sociología pública, sus posibilidades y sus peligros, sus potencialidades y sus contradicciones, sus éxitos y sus fracasos, he discutido y debatido acerca de estas cuestiones en los últimos 18 meses a lo largo de más de 40 eventos, en institutos, asociaciones estatales, departamentos importantes en los Estados Unidos —así como en Inglaterra, Canadá, Noruega, Taiwán, Líbano y Sudáfrica. La llamada en pos de una sociología pública ha resonado en todas las audiencias a las que me he dirigido. Se han celebrado debates sobre la sociología pública en diferentes simposios, algunos de ellos recogidos por las revistas *Social Problems* (Febrero, 2004), *Social Forces* (Junio, 2004) y *Critical Sociology* (Verano, 2005). La revista de la American Sociological Association (ASA), *Footnotes*, dedicó una columna especial a la sociología pública, las distintas aportaciones se han recogido en *An Invitation to Public Sociology* (American Sociological Association 2004). Los Departamentos han organizado diferentes premios y bitácoras sobre sociología pública. La ASA ha creado su propio sitio web para la sociología pública y los libros de texto introductorios están dedicando espacio al tema de la sociología pública. Los sociólogos han aparecido con una mayor regularidad en las páginas de opinión de los periódicos

nacionales. La reunión anual de la ASA en 2004, dedicada al tema de las sociologías públicas, batió de lejos todos los registros de asistencia y participación anteriores. Estos oscuros tiempos han despertado al ángel de la historia de sus sueños.

Así pues, ofrezco 11 tesis. Comenzaré con las razones de porqué apelar a las sociologías públicas actuales y consideraré su multiplicidad y su relación con la disciplina como un todo —disciplina entendida como división del trabajo y campo de poder. Examinaré la matriz de la sociología crítica, pública, práctica y profesional, sus variaciones históricas y geográficas. Compararé la sociología con otras disciplinas. Y finalizaré considerando qué es lo que convierte a la sociología en algo tan especial no como ciencia sino como fuerza moral y política.

TESIS I: EL MOVIMIENTO DE TIJERAS

La aspiración por la sociología pública es más fuerte aunque su consecución es más difícil si cabe, en tanto la sociología se ha movilizado hacia la izquierda y el mundo hacia la derecha.

¿A qué atribuimos la presente petición de una sociología pública? Si la sociología pública lleva ya un tiempo entre nosotros ¿por qué ahora podría tener más éxito?

En este último medio siglo, el centro de gravedad político de la sociología se ha movido en una dirección crítica mientras que el mundo al que estudia lo ha hecho en una dirección contraria. En 1968, se consultó a los miembros de la ASA sobre la Guerra de Vietnam. Dos terceras partes de los votantes se opusieron a que la ASA tomara una postura al respecto mientras que el 54% expresó su oposición individual a la guerra (Rhoades 1981: 60) —una proporción similar a la existente en la población norteamericana en aquellos momentos. Treinta y cinco años después, en 2003, se planteó una cuestión parecida en relación con la guerra de Irak. En esta ocasión, dos terceras partes estuvieron a favor de una resolución por la que la ASA asumiera una postura contraria a esta guerra (*Footnotes* Julio-Agosto 2003). Más significativo aún, en la correspondiente encuesta de opinión, el 75% de sus miembros se mostraron en contra de la guerra, momento (finales de Mayo, 2003) en el que el 75% de la población norteamericana apoyaba

la guerra².

Dada la deriva hacia la izquierda en los años sesenta se trata de un resultado inesperado. A pesar de la turbulenta Reunión Anual de 1968 en Boston, en la que se produjo el famoso y valiente ataque de Martin Nicolaus a la «sociología opulenta» así como las peticiones del Caucus de Sociólogos Negros, del Caucus Radical y del Caucus de Mujeres Sociólogas, las voces que constituían la oposición eran aún una minoría. La mayoría de los miembros habían crecido imbuidos por el conservadurismo liberal de la sociología de posguerra. A lo largo del tiempo, sin embargo, el radicalismo de los años sesenta se difundió por toda la profesión aunque de forma diluida. La cada vez mayor presencia y participación de las minorías raciales y de las mujeres, el ascenso de la generación de los sesenta a posiciones de liderazgo en los departamentos y en nuestra asociación, marcó una deriva crítica que se reflejó en el contenido de la sociología³.

Por ejemplo, la sociología política pasó de centrarse en las virtudes de la democracia electoral americana al estudio del Estado y su relación con las clases y movimientos como procesos sociales y la profundización de la participación democrática. La sociología del trabajo pasó de analizar los procesos de adaptación a estudiar la dominación y los movimientos laborales. La estratificación cambió el estudio de la movilidad social en un sistema jerárquico basado en el prestigio ocupacional por el análisis de los cambios en la estructura producidos por la desigualdad social y económica —en la clase, raza y género. La sociología del desarrollo abandonó la teoría de la modernización en favor de la teoría del subdesarrollo, de los análisis de los sistemas mundiales y del crecimiento organizado por el Estado. La teoría de la raza pasó de la teoría de la asimilación a la economía política de las formaciones raciales. La teoría social introdujo interpretaciones más radicales de Weber y Durkheim e incorporó a Marx al canon, lo que supuso un impacto dramático en las áreas más

importantes de la sociología. La globalización está causando estragos en la unidad básica del análisis sociológico —el Estado-Nación— lo que está provocando una mayor amplitud de miras en nuestra disciplina. Obviamente, también se han producido contramovimientos —por ejemplo, el dominio de los estudios sobre asimilación en el caso de la inmigración o el neoinstitucionalismo que documenta la difusión mundial de las instituciones norteamericanas— si bien en la última mitad del siglo veinte el movimiento de la sociología ha sido abrumadoramente crítico.

Si la sucesión de las generaciones políticas y el cambio de los contenidos de la sociología es uno de los dos brazos de las tijeras el otro, el que se acciona en dirección contraria, es el mundo que estudiamos. A pesar de la intensificación de la retórica de la igualdad y de la libertad los sociólogos han documentado una cada vez mayor y más profunda dominación y desigualdad. A lo largo de los últimos veinticinco años, los logros en seguridad económica y en derechos civiles se están revocando por la expansión del mercado (con el consiguiente aumento de las desigualdades) y el incremento de la coerción por parte del Estado viola cada vez más los derechos civiles tanto dentro como en fuera. Tanto mercado como Estado han actuado en contra de la humanidad en lo que comúnmente se ha conocido como neoliberalismo. Los sociólogos se han mostrado más sensibles, más vigilantes ante los elementos negativos y ello ha supuesto que la evidencia acumulada al respecto indique una regresión en muchos ámbitos de la vida. Y, por supuesto, estamos gobernados por un régimen que es profundamente antisociológico en su ethos y hostil ante la propia idea de «sociedad».

Ante nuestras propias narices, la universidad ha sufrido numerosos ataques por parte de la National Association of Scholars por el hecho de acoger a liberales. Al mismo tiempo, hemos tenido que afrontar la reducción de presupuestos. Bajo una competencia cada vez mayor, las

² Los datos sobre el apoyo público a la Guerra de Vietnam proceden de Mueller (1973: Tabla 3.3) mientras que los datos sobre el apoyo público a la Guerra de Irak proceden de los estudios de Gallup.

³ En 1968, los 19 miembros electos del Consejo de la ASA eran hombres y blancos excepto una mujer, Mirra Komarovsky. En 2004, de los 20 miembros del Consejo, exactamente el 50% son mujeres y el 50% son minorías. Como en el resto de la profesión, entre 1966 y 1969, el 18,6% de los doctorados en sociología eran obtenidos por mujeres mientras que en 2001 se supuso el 58,4%. El ascenso de las cifras en el caso de las minorías raciales se produjo más tarde. En 1980, el 14,4% de los doctorados en sociología fueron obtenidos por las minorías, mientras que en 2001 suponía el 25,6%.

universidades públicas han respondido con soluciones de «mercado» —acuerdos con empresas privadas, campañas de publicidad para atraer a estudiantes, servilismo ante los donantes privados, mercantilización de la educación en el caso de la educación a distancia, precarización del empleo (temporalidad, bajos salarios, subcontratación de los servicios) (Kirp 2003; Bok 2003). ¿Es el mercado la única solución? ¿Tenemos que olvidarnos de la idea de universidad como un bien «público»? El interés en una sociología pública es, en parte, una reacción y una respuesta al avance de la privatización generalizada. Su vitalidad depende de la resurrección de la propia idea de lo «público», otra herida producida por el huracán del progreso. Por tanto, la paradoja es que si bien el aumento de la brecha entre el ethos sociológico y el mundo que estudiamos inspira la necesidad de una sociología pública, al mismo tiempo crea los obstáculos para su desarrollo. ¿Cómo deberíamos actuar?

TESIS II: LA MULTIPLICIDAD DE SOCIOLOGÍAS PÚBLICAS

Existen múltiples sociologías públicas que reflejan diferentes tipos de públicos y formas de acceder a ellos. Las sociologías públicas tradicional y orgánica son dos tipos opuestos pero complementarios. Los públicos pueden destruirse pero también pueden crearse. Algunos nunca desaparecerán —nuestros estudiantes son nuestro primer, y al mismo tiempo, cautivo público.

¿Qué deberíamos entender por sociología pública? La sociología pública pone a la sociología en conversación con los públicos a la vez que trata investiga cómo se produce esa conversación. Esto supone una doble conversación. Candidatos para esta forma de sociología son W.E.B. Du Bois (1903) *The Souls of Black Folk*, Gunnar Myrdal (1994) *An American Dilemma*, David Riesman (1950) *The Lonely Crowd* y Robert Bellah et al. (1985), *Habits of the Heart*. ¿Qué tienen estos libros en común? Están escritos por sociólogos, han trascendido la academia y se han convertido en el vehículo de una discusión pública sobre la naturaleza de la sociedad norteamericana —sus valores, la brecha entre sus promesa y su realidad, su malestar, sus tendencias. En el género que he denominado *sociología pública tradicional* podemos ubicar a

los sociólogos que escriben en las páginas de opinión de nuestros periódicos nacionales sobre asuntos de importancia pública. Alternativamente, los periodistas pueden llevar a cabo investigación académica dentro del ámbito público como hicieron, por ejemplo, Chris Uggen y Jeff Manza en su artículo sobre el significado político de la privación del derecho al voto a los criminales publicado en la *American Sociological Review* y la Tesis doctoral de Devah Pager sobre la forma en la que la raza incrementa los efectos del registro criminal en las posibilidades de empleo de los jóvenes. Con la sociología pública tradicional los públicos a los que se dirige son generalmente invisibles pues no producen mucha interacción interna, pasivos pues no constituyen un movimiento u organización y generalmente son mayoritarios. El sociólogo público tradicional instiga debates dentro de o entre los públicos, aunque podría perfectamente no participar en ellos.

Existe, sin embargo, otro tipo de sociología pública —la *sociología pública orgánica*— en la que el sociólogo trabaja en estrecha conexión con un público visible, denso, activo, local y a menudo a contracorriente. De hecho, la mayoría de la sociología pública es de tipo orgánico —sociólogos que trabajan con movimientos laborales, con asociaciones vecinales, con comunidades de fe, con grupos a favor de los derechos de los inmigrantes, con organizaciones de derechos humanos. Entre el sociólogo público orgánico y el público se produce diálogo a la vez que un proceso de mutua educación. El reconocimiento de la sociología pública debe extenderse al tipo orgánico que suele mantenerse invisible, privado y separado de nuestras vidas profesionales. El proyecto de tales sociologías públicas es hacer visible lo invisible, hacer público lo privado. Así pues, dar validez a estas conexiones orgánicas es parte de nuestra vida sociológica.

Las sociologías públicas tradicional y orgánica no son antitéticas sino complementarias. Cada una de ellas informa a la otra. Los grandes debates en la sociedad, por ejemplo los valores familiares, pueden formar parte de nuestro trabajo a la vez que pueden ser objeto de nuestra colaboración con nuestros clientes benefactores. Los debates sobre el NAFTA pueden formar parte de la colaboración del sociólogo con los sindicatos, los trabajos con presos en defensa de sus derechos pueden contribuir a los debates públicos sobre el sistema carcelario, etcétera.

Los estudiantes de Sociología de la Universidad de California-Berkeley, Gretchen Purser, Amy Schalet y Ofer Sharone (2004) analizaron la grave situación del mal pagado personal de servicios de su universidad, sacándolos de las sombras y constituyéndolos como un público ante el que la universidad debería responsabilizarse. El estudio supuso una importante plataforma para el desarrollo de debates más generales sobre el trabajo barato, el trabajado de los inmigrantes y la privatización y comercialización de la Universidad, a la par que alimentaba la discusión pública sobre la academia en tanto comunidad de principios. En las mejores circunstancias la sociología pública tradicional encuadra la sociología pública orgánica, mientras que ésta última fundamenta y dirige a la primera.

Si bien podemos distinguir entre diferentes tipos de sociólogos públicos y diferentes públicos, ¿cómo se pueden poner en diálogo ambas partes —la académica y la extra-académica? ¿Por qué alguien debería escucharnos en vez de a los medios de comunicación? ¿Somos suficientemente críticos para atrapar la atención de nuestros públicos? Alan Wolfe (1989), Robert Putnam (2001) y Theda Skocpol (2003) van más allá y alertan de que los públicos están desapareciendo —destruidos por el mercado, colonizados por los medios de comunicación o bloqueados por la burocracia. La propia existencia de un amplio surco de sociología pública empero hace presuponer que no existe esa falta de públicos si nos preocupásemos de ir en su búsqueda. Pero nos queda mucho por aprender sobre su compromiso. Estamos aún en un estadio primitivo de nuestro proyecto. No deberíamos pensar en los públicos como algo ya dado sino como algo fluido, algo en lo que podemos participar tanto en su creación como en su transformación. De hecho, parte de nuestra labor como sociólogos es definir las categorías humanas —gente con SIDA, mujeres con cáncer de pecho, mujeres, gays— y si lo hacemos con su colaboración crearemos públicos. La categoría de mujer se convierte en la base de un público —un público activo, denso, visible, nacional, mejor dicho internacional y a contracorriente— puesto que los intelectuales, y los sociólogos entre ellos, definieron a las mujeres como marginadas, excluidas, oprimidas y silenciadas, esto es, las definieron tal como ellas se reconocían. Desde esta breve excursión a través de la variedad de públicos es más que evidente que la sociología

necesita desarrollar una *sociología de los públicos* —que trabaje a través y más allá de un linaje que incluiría a Robert Park (1972[1904]), Walter Lippman (1922), John Dewey (1927), Hanna Arendt (1958), Jürgen Habermas (1991[1962]), Richard Sennett (1977), Nancy Fraser (1997) y Michael Warner (2002) —para así apreciar mejor las posibilidades y peligros de la sociología pública.

Más allá de crear otros públicos podemos constituirnos nosotros mismos como un público que actúa en la arena política. Durkheim insistía en que las asociaciones profesionales deberían ser un elemento integral de la vida política nacional —y no sólo defender sus propios y limitados intereses profesionales. Por esta razón, la American Sociological Association tiene que mucho en lo que contribuir al debate público y así ha sido. Casos como, por ejemplo, la remisión de una Amicus Curiae brief a la Corte Suprema en el caso de la *Michigan Affirmative Action*, su defensa de que la investigación sociológica demostraba la existencia de racismo y que el racismo tenía tanto causas como consecuencias sociales, las resoluciones adoptadas tanto en contra de la Guerra de Irak como de una enmienda constitucional que podría ilegalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo y, por último, la protesta del Consejo de la ASA por el encarcelamiento del sociólogo egipcio Saad Ibrahim. Ahora bien, hablar en nombre de todos los sociólogos es difícil y peligroso. Deberíamos estar seguros de alcanzar posiciones públicas negociadas a través de un diálogo abierto, de la participación igualitaria y libre de nuestros miembros y de la profundización de nuestra democracia interna. La multiplicidad de sociologías públicas no sólo refleja diferentes públicos sino también diferentes compromisos axiológicos por parte de los sociólogos. La sociología pública no tiene otra valencia normativa intrínseca más que el compromiso con el diálogo sobre aquellas cuestiones suscitadas en y por la sociología. Puede apoyar tanto el fundamentalismo cristiano como la sociología de la liberación o el comunitarismo. Su apoyo a causa más liberal o a una sociología pública crítica es una consecuencia del desarrollo del ethos de la comunidad sociológica.

Existe un público que no desaparecerá antes que nosotros-nuestros estudiantes. Cada año creamos aproximadamente 25.000 nuevos licenciados en Sociología. ¿Qué significa pensar en

ellos como público potencial? Esto no significa que debamos tratarlos como recipientes vacíos sobre los cuales verter nuestro maduro vino o como prístinos encerados en los cuales escribir nuestro profundo conocimiento. Más bien debemos pensar en ellos como portadores de una rica experiencia vivida elaborada gracias a una profunda comprensión propia de los contextos históricos y sociales que les han hecho como son. Con la ayuda de nuestras grandes tradiciones sociológicas, convertimos sus problemas privados en cuestiones públicas. Y lo hacemos gracias a su compromiso y no a su exclusión, partiendo de donde ellos están no de dónde estamos nosotros. La educación se convierte en una serie de diálogos que fomentamos sobre la sociología —un diálogo entre nosotros y los estudiantes, entre los estudiante y sus propias experiencias, entre los propios estudiantes y, por último, un diálogo de los estudiantes con los públicos de más allá de la universidad. Su aprendizaje del oficio es nuestra garantía: según aprenden los estudiantes se convierten en embajadores de la sociología en el mundo, de igual manera que ellos traen al aula su compromiso con los diferentes públicos⁴. En tanto que docentes todos somos potenciales sociólogos públicos.

Reconocer su existencia válida y legítima a la sociología pública. Al pasar de la esfera privada a la esfera abierta puede ser examinada y disecionada. Ésta es otra cuestión para convertirla en una parte integral de nuestra disciplina, lo cual me lleva a la TESIS III.

TESIS III: LA DIVISIÓN DEL TRABAJO SOCIOLOGICO

La sociología pública es parte de una división más amplia del trabajo sociológico que también incluye a la sociología práctica, a la sociología profesional y a la sociología crítica.

El líder de la sociología pública tradicional C. Wright Mills (1959), y otros tantos como él, podrían convertir toda la sociología en sociología pública. Mills recordaba que para los padres fundadores de la sociología la empresa académica y moral eran indistinguibles. Si embargo, no

hay vuelta atrás posible a ese período inicial previo a la revolución académica. Hoy trabajamos y avanzamos desde otro lugar, desde la división del trabajo sociológico.

El primer paso es distinguir la sociología pública de la *sociología práctica*. La sociología práctica es sociología al servicio de una meta definida por el cliente. La *raison d'être* de la sociología práctica es suministrar soluciones a problemas que se nos presentan o legitimar soluciones tomadas de antemano. Si bien algunos clientes especifican la tarea del sociólogo en un esquemático contrato otros definen una agenda práctica mucho más amplia. Ser un testigo experto, por ejemplo prestar un importante servicio a la comunidad, es una relación relativamente bien definida con un cliente mientras que investigar las causas del terrorismo o de la miseria gracias a la financiación procedente del Departamento de Estado permitiría establecer una agenda de investigación mucho más abierta.

La sociología pública, por contra, entabla una relación dialógica entre el sociólogo y el público en la que cada parte pone su agenda sobre la mesa y trata de ajustarla a la del otro. En la sociología pública, la discusión suele implicar valores o metas que no son compartidos automáticamente por ambas partes. Por esta razón, la reciprocidad, o como la denomina Habermas (1984): la «acción comunicativa», suele ser difícilmente sostenible. A su pesar, la meta de la sociología pública es desarrollar tal conversación.

Ejemplos de sociología pública, el libro más vendido de Barbara Ehrenreich (2002) —*Nickel and Dimed*—, una etnografía del trabajo precarizado en el que acusó, entre otras empresas, a Wal-Mart por sus prácticas de empleo. Por el contrario, como caso de sociología práctica estaría el testimonio en calidad de experto de William Bielby (2003) en la demanda por discriminación sexual presentada contra dicha compañía. Las aproximaciones de la sociología pública y de la sociología práctica no son ni mutuamente excluyentes ni antagónicas. Como en este caso, pueden ser perfectamente complementarias. La sociología práctica puede convertirse en sociología pública. En especial cuando la política fracasa, caso de las propuestas sobre

⁴ Existe una amplia literatura sobre el aprendizaje del oficio. Dos referencias de especial relevancia son Ostrow et al. (1999) y Marullo y Edwards (2000).

transporte escolar realizadas por James Coleman (1966, 1975), o el rechazo del gobierno a las propuestas políticas de creación de empleo con el fin de aliviar la pobreza por causas raciales —recomendación de William Julius Wilson (1996)—, o la implicación de Paul Starr en las reformas sobre la asistencia sanitaria en los casos de aborto durante la administración de Clinton. De la misma manera, la sociología pública puede convertirse en sociología práctica. Es el caso del conocido compromiso de Diane Vaughan con los medios de comunicación en el caso del desastre del transbordador *Columbia*, basándose en su investigación inicial sobre dicho accidente consiguió que sus ideas se tomaran en consideración para la elaboración del informe que realizó la *Columbia Accident Investigation Board* (2003). En particular, su crítica a la cultura organizativa de la National Aeronautical and Space Administration (NASA).

No puede existir ni sociología práctica ni pública sin una *sociología profesional* que suministre los métodos adecuados y ya experimentados, los cuerpos de conocimiento acumulados, las orientaciones necesarias y los marcos conceptuales. La sociología profesional no es el enemigo de la sociología práctica y pública sino todo lo contrario, es la condición *sine qua non* de su existencia —proveer tanto de legitimidad como de expertez a la sociología práctica y pública. La sociología profesional consiste ante todo en la múltiple intersección de programas de investigación con sus supuestos, ejemplares, definiciones, conceptos y teorías⁵. Muchas subáreas contienen programas de investigación bien establecidos —la teoría de la organización, de la estratificación, la sociología política, la sociología de la cultura, la sociología de la familia, los estudios sobre la raza, la sociología económica, etcétera. Asimismo, existen programas de investigación dentro de las subáreas —por ejemplo, la ecología organizativa dentro de la teoría de la organización. Los programas de investigación avanzan tratando de solucionar aquellos problemas procedentes de anomalías externas (inconsistencias entre las predicciones y los resultados empíricos) o de contradicciones internas. Así, el programa de investigación sobre

movimientos sociales se estableció gracias al desplazamiento de las teorías «irracionalistas» y psicológicas de la conducta colectiva en favor de un nuevo marco construido sobre la idea de la movilización de recursos, el cual a su vez ha conducido a la formulación de un modelo de proceso político que ha enmarcado el intento más reciente de incorporar las emociones. Dentro de cada programa de investigación, los estudios canónicos resuelven, por un lado, un conjunto de enigmas a la vez que crean otros nuevos, impulsando al programa de investigación en nuevas direcciones. Los programas de investigación degeneran bien porque se inundan de anomalías y contradicciones, bien porque los intentos por resolver los problemas se convierten en un mero dispositivo para salvar las apariencias del programa. Goodwin y Jasper (2004, cap. 1) sostienen que ése ha sido el destino de la teoría de los movimientos sociales dada su excesiva generalización e introversión.

Éste es el papel de la *sociología crítica*, mi cuarto tipo de sociología, examinar los fundamentos de los programas de investigación de la sociología profesional —tanto explícitos como implícitos, tanto normativos como descriptivos. Pienso en el trabajo de Robert Lynd (1939) y en su queja de que la ciencia social estuviese abdicando de su responsabilidad en el abordaje de los problemas culturales e institucionales imperantes en su época, obsesionada por la técnica y la especialización. C. Wright Mills (1959) acusó en los años cincuenta a la sociología profesional de irrelevante, de cambiar de dirección en pos de la «gran teoría» abstrusa o del «empirismo abstracto» sin sentido que consideraba los datos al margen del contexto. Alvin Gouldner (1970) criticó al estructural funcionalismo su supuesto de una sociedad regida por el consenso que no estaba para nada en consonancia con la escalada de los conflictos sociales durante los años sesenta. El feminismo, la teoría queer y la teoría crítica de la raza han criticado a la sociología profesional su actitud de pasar por alto la ubicuidad y profundidad de las opresiones por razón de género, sexo y raza. La sociología crítica intenta hacer una sociología profesional reconocedora de sus prejuicios, de sus silencios, promoviendo nuevos programas de investigación erigi-

⁵ En la formulación de la idea de programas de investigación sigo el trabajo de Imre Lakatos (1978) y sus debates con Thomas Kuhn, Karl Popper y otros.

dos sobre fundamentos alternativos. La sociología crítica es la conciencia de la sociología profesional en tanto que la sociología pública es la conciencia de la sociología práctica.

La sociología crítica también nos da las claves para fijar las relaciones entre nuestras cuatro sociologías. La primera ya la planteó Alfred McLung Lee (1976) en su discurso presidencial: «¿sociología para quién?» ¿Nos dirigimos a nosotros mismos (una audiencia académica) o nos estamos dirigiendo a los otros (una audiencia extra-académica)? Plantear esta cuestión supone ir en contra de una disciplina herméticamente sellada y de la búsqueda del conocimiento por el conocimiento. Es necesario defender el compromiso con las audiencias extra-académicas, sirviendo a los clientes o hablando para los públicos. Esto no es negar los peligros y riesgos de este tipo de sociología, todo lo contrario, necesitamos hacer sociología a pesar o por culpa de tales peligros y riesgos.

La segunda cuestión es la pregunta de Lynd: «¿sociología para qué?» Deberíamos comprometernos con los fines de la sociedad o simplemente interesarnos por los medios para alcanzar tales fines. Ésta es la distinción subyacente en la discusión de Max Weber sobre la racionalidad técnica y la racionalidad valorativa. Weber y, posteriormente, la Escuela de Frankfort estaban preocupados porque la racionalidad técnica suplantase la discusión sobre los valores, Horkheimer (1974[1947]) se refirió a esta situación como el eclipse de la razón, y en colaboración con Theodor Adorno (1969[1944]) definieron como la dialéctica de la Ilustración. Denomino a

este tipo de conocimiento, *conocimiento instrumental*, bien sea para resolver los enigmas de la sociología profesional o la resolución de problemas de la sociología práctica. Denomino al otro tipo de conocimiento, *conocimiento reflexivo*, porque está interesado en un diálogo sobre los fines, tome lugar dicho diálogo dentro de la comunidad académica y aborde los fundamentos de sus programas de investigación o entre académicos y los diferentes públicos en torno a la dirección de la sociedad. El conocimiento reflexivo interroga el valor de las premisas de la sociedad así como también nuestra profesión. El esquema total se resume en el Cuadro 1⁶.

En la práctica, cualquier obra de sociología puede montarse sobre estos tipos ideales o moverse por ellos a lo largo del tiempo. Por ejemplo, ya he apuntado que la distinción entre sociología pública y práctica puede difuminarse —la sociología puede servir simultáneamente a un cliente y generar debate público.

Las categorías son productos sociales. Esta categorización del trabajo sociológico redefine la forma en la que nos vemos a nosotros mismos. Me siento comprometido con lo que Pierre Bourdieu (1986[1979], 1988 [1984]) denominó como lucha clasificatoria, al desplazar los debates sobre las técnicas cuantitativas y cualitativas, sobre las metodologías positivistas e interpretativas y sobre la sociología macro y micro, sus dos cuestiones fundamentales fueron: ¿para quién y para qué ejercemos la sociología? Las tesis que restan intentan justificar y expandir este sistema clasificatorio.

Cuadro 1

División del trabajo sociológico

	Audiencia Académica	Audiencia Extra-académica
Conocimiento Instrumental	Profesional	Práctica
Conocimiento Reflexivo	Crítica	Pública

⁶ Este esquema tiene un extraño parecido con las famosas cuatro funciones de Talcott Parsons (1961) —Adaptación, *Goal attainment* [consecución de metas], Integración y Latencia [mantenimiento de patrones] (AGIL)— que cualquier sistema tiene que cumplir para sobrevivir. Si la sociología crítica se corresponde con la latencia basada en los compromisos con los valores y la sociología pública se corresponde con la integración donde la influencia es el medio de intercambio, entonces la sociología práctica se corresponde con el *goal attainment* [consecución de metas] y la sociología profesional y su economía de las credenciales se corresponden con la adaptación. Habermas (1984, cap. 7) le otorga a Parsons un giro crítico al referirse a la colonización del mundo-de-la-vida (latencia e integración) por el sistema (adpatación y *goal attainment*). Tal como veremos más adelante, la TESIS VII combina las tesis de la colonización de Habermas con los análisis del campo académico de Bourdieu (1988[1984]).

TESIS IV: LA ELABORACIÓN DE LA COMPLEJIDAD INTERNA

Las cuestiones ¿«conocimiento para quién?» y ¿«conocimiento para qué?» definen el carácter fundamental de nuestra disciplina. No sólo dividen a la sociología en cuatro tipos diferentes sino que nos permite comprender cómo se construye internamente cada tipo.

Nuestros cuatro tipos de conocimiento representan no sólo una diferenciación funcional de la sociología sino también cuatro perspectivas diferentes. La división del trabajo sociológico parece muy diferente desde el punto de vista de la sociología crítica comparado, por ejemplo, con la perspectiva de la sociología práctica. De hecho, la sociología crítica se define a sí misma por su oposición con la sociología («dominante») profesional. Ésta a su vez se ve inseparable de la renegada sociología práctica. Sociología práctica que se restituye atacando a la sociología crítica por politizar y por desacreditar a la disciplina. Así pues, desde cada categoría tendemos a esencializar, homogeneizar y estereotipar a las otras. Debemos, por tanto, procurar reconocer la complejidad de los cuatro tipos de sociología. Y lo podemos hacer mejor planteándonos una vez más dos cuestiones básicas: ¿conocimiento para quién y conocimiento para qué? Esto produce una diferenciación interna de cada tipo de sociología y, por tanto, una imagen más matizada. También nos permite aprender sobre las tensiones a las que conduce su respuesta en cada tipo de conocimiento.

Comencemos con la sociología profesional. En su núcleo está la creación, elaboración y degeneración de los múltiples programas de investigación. Pero también existe una dimensión de la

sociología profesional que defiende la investigación sociológica en el mundo —la defensa de fondos para la investigación políticamente contestada como por ejemplo el estudio de la conducta sexual, la determinación de los protocolos de comportamiento de los seres humanos, la búsqueda de apoyo gubernamental, los programas de becas para minorías, etcétera. Esta dimensión política de la sociología profesional se concentra en la sección de la American Sociological Association y se muestra a través de las páginas de su revista *Footnotes*. Existe una cara pública de la sociología profesional bien definida: presentar los resultados de investigación de forma accesible para la audiencia legla. Ésta fue la propuesta de la nueva revista *Contexts*, aunque también se realiza en las sesiones informativas celebradas asiduamente en los congresos organizados por la ASA. Por otro lado, nos encontramos con la mayor de parte de los profesores que diseminan los resultados de la investigación sociológica y, por supuesto, con los libros de texto. La línea que separa esta cara pública de la sociología profesional de la propia sociología pública es muy sutil, pero la primera está íntimamente interesada en asegurar las condiciones de nuestras actividades profesionales centrales.

Por último, existe una cara crítica de la sociología profesional —los debates internos y entre los programas de investigación. Por ejemplo, la relativa importancia de la clase o de la raza, los efectos de la globalización, los patrones del trabajo degradado, las bases sociales de la política electoral, las fuentes del subdesarrollo, etcétera. Tales debates son el tema de los artículos de la revista *The Annual Review of Sociology*, los cuales inyectan el dinamismo necesario en nuestros programas de investigación. Las cuatro divisiones de la sociología profesional se representan en el Cuadro 2.

Cuadro 2

Diseción de la Sociología Profesional

<i>Profesional</i>	<i>Práctica</i>
Investigación realizada dentro de los programas de investigación que definen los supuestos, teorías, conceptos, cuestiones y enigmas.	Defensa de la investigación sociológica, de los sujetos humanos, de la financiación así como organización de sesiones informativas en los congresos
<i>Crítica</i>	<i>Pública</i>
Los debates críticos de la disciplina dentro y entre los programas de investigación.	Interés por la imagen pública de la sociología, presentación de los resultados de forma accesible, enseñanza básica de la sociología y escritura de los libros de texto.

Debido a su tamaño, podemos discernir una diferenciación funcional (para Abbott 2001 «fractalización») de la sociología profesional aunque, puesto que los otros tipos de sociología están menos desarrollados internamente, es mejor hablar de diferentes aspectos o dimensiones. Por ejemplo, la actividad central de la sociología pública —el diálogo entre los sociólogos y sus públicos— se basa (o no) en momentos profesionales, críticos y políticos. Tomemos el caso del Proyecto de Acción e Investigación en Medios de Comunicación de la Facultad de Boston que une a sociólogos con los dirigentes de la comunidad para buscar la mejor manera de presentar las cuestiones sociales ante los medios de comunicación. Existe un momento profesional basado en la idea de William Gamson de enmarcar el asunto, un momento crítico basado en las formas limitadas en las que los medios operan y un momento político que se aferra a los objetivos concretos de los dirigentes de la comunidad. Charlotte Ryan (2004) describe las tensiones dentro del proyecto provenientes de las contradictorias demandas entre la inmediatez de la sociología pública y los ritmos de la carrera de la sociología profesional. Al mismo tiempo, Gamson (2004) subraya el limitado compromiso económico de la universidad con un proyecto que incrementa la actuación y poder de las comunidades locales.

La sociología práctica también tiene sus momentos público, crítico y profesional. Un caso interesante es la experiencia de Judy Stacey (2004) como testigo en calidad de experta en la defensa del matrimonio de personas del mismo sexo en Ontario, Canadá. Los opositores legales al matrimonio de personas del mismo sexo se inspiran en su conocido artículo publicado en la *American Sociological Review* (Stacey y Biblarz 2001). Los autores sostenían que mientras los estudios muestran algunas ligeras diferencias en los efectos de la paternidad/maternidad de los gays —mayor apertura a la diversidad sexual— no se encontraron evidencias de que los efectos fueran «perjudiciales». Los opositores al matrimonio entre personas del mismo sexo sostenían que Stacey y Biblarz habían realizado su estudio de forma poco científica por lo cual no se podían extraer tales conclusiones. Judy Stacey, por tanto, se encontró en la tesitura de tener que defender el rigor científico de sus conclusiones. Además, su defensa de las libertades civiles de los gays entrañaba la defensa del

matrimonio- una institución a la que había infligido una severa crítica en sus escritos académicos. En este caso, vemos cómo las constricciones de la sociología práctica y su dependencia de la sociología profesional pueden colocarla en contra de las sociologías críticas y públicas. Puede ocurrir, por tanto, que las cuatro caras de cualquier tipo dado de sociología no estén en armonía.

Podemos ver esto de nuevo en el caso de la sociología crítica. En su clásico artículo, «A Sociology for Women», Dorothy Smith (1987, cap. 2) partiendo de la sociología llevó a cabo un análisis de la universalización del punto de vista masculino, especialmente el de los hombres gobernantes que toman decisiones en el nivel macroestructural de la sociedad. A partir de los escritos canónico de Alfred Schutz, elaboró el punto de vista de las mujeres enraizado en las microestructuras de la vida cotidiana —el trabajo invisible que sirve de soporte a las macroestructuras. Patricia Hill Collins (1991) desarrolló posteriormente el análisis de este punto de vista al insistir en que la mirada interna de la sociedad proviene de aquellos que son múltiplemente oprimidos —mujeres negras pobres— pero también empleó la teoría social convencional, en su caso no a Schutz sino a George Simmel y Robert Merton, para llevar a cabo una crítica elaborada de la sociología profesional. Además, para ella también existía un momento público —la conexión de las mujeres intelectuales negras con la cultura de las mujeres negras pobres para otorgar mayor universalidad a la sociología profesional. Así pues, se pueden apreciar los momentos profesional y público de la sociología crítica, pero ¿cuál es su momento político? ¿Podríamos afirmar que en él descansa la *realpolitik* de los espacios de defensa del pensamiento crítico dentro de la universidad, espacios que incluirían programas interdisciplinarios, institutos de investigación y lucha por la representación?

Estos son sólo unos ejemplos que ilustran la complejidad de cada tipo de sociología y que reconocen sus dimensiones académica y extraacadémica así como instrumental y reflexiva. No deberíamos olvidar que esta composición interna compleja volvemos a focalizarla sobre las relaciones entre los cuatro tipos principales.

TESIS V: SITUAR AL SOCIÓLOGO

Se debe hacer una distinción entre la sociología y sus divisiones internas por un lado y los sociólogos y sus trayectorias por otro. La vida del sociólogo está impulsada por la falta de acople entre su hábitus sociológico y la estructura del campo disciplinar como un todo.

Deberíamos distinguir entre la división del trabajo sociológico y los sociólogos que habitan en uno o más lugares dentro de dicha división. En torno al 30% de los doctores en sociología trabajan fuera de la universidad, principalmente en el mundo de la investigación política y desde el cual pueden adentrarse en el ámbito público (Kang 2003). El 70% de los doctores que enseñan en las universidades ocupan el cuadrante profesional dirigiendo investigaciones o diseminando sus resultados, pero también pueden mantener posiciones distintas en otros cuadrantes, especialmente en el caso de que tengan posiciones estables en la carrera académica. Por contra, el contingente de trabajadores —profesores ayudantes, eventuales o a tiempo parcial— se encuentra atrapado en la carrera académica con salarios míseros (de 2000 a 4000 dólares por curso), con un empleo precario y sin beneficios sociales (Spalter-Roth y Erskine 2004). Este grupo es más numeroso en las universidades de reconocido prestigio donde pueden llegar a suponer el 40% del profesorado e impartir hasta el 40% de las asignaturas. Son la fuerza de trabajo precaria que permite la investigación y los elevados salarios del personal docente permanente al liberarles de las múltiples actividades rutinarias de la docencia y la investigación.

Ésta es la razón por la que muchos de nuestros más distinguidos sociólogos han podido ocupar múltiples posiciones en el ámbito sociológico. James Coleman, por ejemplo, simultáneamente trabajó en el mundo profesional y político mientras era hostil con las sociologías pública y crítica. El caso de Christopher Jencks, que ha trabajado en similares campos, es poco común al combinar los momentos público y crítico con sus compromisos profesional y práctico. La sociología de las emociones de Arlie

Hochschild se encuentra a medio camino entre la sociología crítica y la profesional mientras que su investigación sobre el trabajo y la familia combina la sociología pública y la práctica. Por supuesto, estos sociólogos gozan o han gozado de cómodas posiciones académicas en prestigiosos departamentos de Sociología en los que las condiciones de trabajo les han permitido múltiples puestos. Sin embargo, muchos de nosotros sólo ocupamos uno de los cuadrantes en cada momento, por ello, deberíamos centrarnos en nuestras posibles trayectorias.

Los sociólogos no sólo pueden situarse simultáneamente en posiciones diferentes, sino que asumen a lo largo del tiempo trayectorias distintas en nuestros cuatro tipos de sociología. Previo a la consolidación de las carreras profesionales, el movimiento entre los cuadrantes era mucho más errático. El incremento del desafecto hacia la academia y la marginación provocada por su raza, (después de finalizar su libro *The Philadelphia Negro* en 1899 y de crear y poner en marcha el Atlanta Sociological Laboratory en la Universidad de Atlanta entre 1897 y 1910), W.E.B. Du Bois abandonó la academia para fundar la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP) y se convirtió en el editor de su revista, *Crisis*. En su papel público escribió innumerables ensayos divulgativos inevitablemente influenciados por su sociología. En 1934 regresó a la academia como director del Departamento de Sociología en Atlanta donde finalizó su también conocido libro, *Black Reconstruction*. Después de la Segunda Guerra Mundial volvió a abandonar una vez más la academia para impartir conferencias nacionales e internacionales. Sus incesantes campañas en favor de la justicia racial fueron la cima de la sociología pública, aunque por supuesto, su objetivo último fue siempre cambiar la política. La sociología pública es a menudo una avenida marginal y exterior de la arena política y suele estar condenada al ostracismo en la academia.

Mientras que W.E.B. Du Bois tomaba una ruta ajena a la academia, su castigo, otra de las grandes figuras en la sociología de la raza Robert Park, viajaba en dirección opuesta⁷. Después de años como periodista, en los que reveló

⁷ Agradezco a Stephen Steinberg su sugerencia sobre esta coincidencia. Aunque jugó un papel principal en la profesionalización de la sociología, Park no realizó ninguna reforma social y esto a pesar de su respaldo de la ciencia social imparcial y su proclamada oposición a la sociología de la acción de las mujeres de Hull House.

las atrocidades belgas en el Congo, se convirtió en el secretario privado de Booker T. Washington y analista de investigación hasta su entrada en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, en el que llevaría a cabo una labor crucial de profesionalización (Lyman 1992).

C. Wright Mills perteneció a una generación posterior, aunque como Du Bois también tuvo sus desavenencias con la academia. Después de completar sus estudios de Filosofía en la Universidad de Texas se trasladó a Wisconsin donde trabajó con el emigrado alemán Hans Gerth. En esta universidad escribió su tesis doctoral sobre el pragmatismo. Robert Merton y Paul Lazarsfeld le reclutaron para la Universidad de Columbia en tanto que gran promesa de sociólogo profesional. Incapaz de tolerar la «utilidad mezquina» del Bureau of Applied Research de Lazarsfeld, cambió la sociología instrumental por la sociología pública —*New Men of Power, White Collar y Power Elite*. Al final de su breve vida volvió a reflexionar sobre la promesa y traición de la sociología en su inspirado *The Sociological Imagination*. Esta vuelta a la sociología crítica coincidió con un paso más allá en la sociología dentro del ámbito de la vida intelectual pública con el libro *Listen, Yankee!* y *The Causes of World War Three*— libros lejanamente conectados con la sociología⁸.

Las carreras actuales en la sociología están mucho más reglamentadas que lo que ocurría en tiempos de Mills. Hoy en día, un licenciado al uso quizá alentado por un profesor de la licenciatura, quizá quemado por su militancia en algún movimiento social, (los estudiantes entran en la Facultad con una disposición crítica, con una pretensión de aprender más sobre las posibilidades del cambio social —bien sea para limitar el avance del SIDA en África, para reducir la violencia juvenil, para facilitar las condiciones del éxito de los movimientos feministas en Turquía e Irán, para mantener a la familia como fuente de moralidad, para conseguir variar el apoyo a la pena de muerte, cambiar la tergiversación pública del Islam, etcétera), tiene que enfrentarse a una serie de asignaturas, cada una de ellas con abstrusos textos que aprender y/o abstractas técnicas que dominar. Después de tres

o cuatro años tiene que afrontar su evaluación en tres o cuatro áreas y posteriormente llevar a cabo su trabajo de licenciatura. Todo el proceso puede suponerle hasta cinco años. Éste es el panorama ante el cual se enfrenta un estudiante que trata de mantener y extender aquellos compromisos morales que le motivaron su interés por la sociología.

De la misma forma en la que Durkheim ponía el acento en los elementos no contractuales del contrato —el consenso y la confianza subyacente sin los que los contratos no sería posibles— debemos apreciar la importancia de aquellos componentes que sin formar parte de nuestra carrera son fundamentales para los sociólogos. Entre el 50% y el 70% de los licenciados que consiguen obtener su título de doctor, mantienen su compromiso inicial con la sociología pública —a menudo ocultándose a su director de tesis. He escuchado en infinidad de ocasiones a los docentes aconsejar a sus estudiantes que dejen apartada la sociología pública hasta que no consigan su plaza fija —sin darse cuenta (¿o sí?) de que la sociología pública es lo que mantiene viva la pasión sociológica. Si siguieran el consejo de sus directores, estos estudiantes formarían parte del contingente laboral que dispondría, paradójicamente, de mucho menos tiempo para la sociología pública. Además, en el caso de que tuvieran la fortuna de conseguir la tan ansiada plaza fija tendrían que preocuparse casi exclusivamente de publicar artículos en revistas acreditadas o libros en reconocidas editoriales universitarias. Una vez obtenida la plaza fija, son libres de satisfacer sus pasiones juveniles pero para entonces ya no son jóvenes. Puede que ya hayan perdido todo el interés en la sociología pública al optar por el más lucrativo mundo práctico de la consultoría o por un nicho en la sociología profesional. Lo mejor sería poder satisfacer el compromiso con la sociología pública desde los inicios y de esa manera encender posteriormente la antorcha de la sociología profesional.

La diferenciación del trabajo sociológico con su inevitable especialización puede crear ansiedad en el hábitus sociológico que anhele posteriormente la unidad del conocimiento reflexivo e instrumental, o un hábitus que desee tanto

⁸ La distinción entre «sociólogo público» e «intelectual público» es importante —el primero es una variedad de especialista del último, limitando el comentario público a áreas de expertez establecidas en vez de referirse a temas de un mayor interés (Gans 2002).

audiencias académicas como extra-académicas. La tensión entre institución y hábitos conduce agitadamente a la sociología de cuadrante en cuadrante, de su acomodo ritualista al abandono total de la disciplina. No obstante, siempre existirán aquellos cuyo hábitus se adapta bien a la especialización y aquellos cuya energía y pasión es infecciosa y se desborda por todos los cuadrantes. Tal como muestro a continuación sostengo que la especialización no es enemiga de la sociología pública.

TESIS VI: EL MODELO NORMATIVO Y SUS PATOLOGÍAS

El florecimiento de nuestra disciplina depende de un ethos compartido que sustente la recíproca interdependencia de las sociologías profesional, práctica, pública y crítica. Sin embargo, al ser hipersensible a sus diferentes audiencias cada tipo de sociología puede asumir formas patológicas que amenacen la vitalidad del conjunto total.

Aquellos que han respaldado la sociología pública a menudo se han mostrado abiertamente desdeñosos con la sociología profesional. El libro de Russell Jacoby (1987), *The Last Intellectuals*, inició una serie de comentarios que lamentan la retirada del intelectual público al limbo de la profesionalización. Es el caso de Orlando Patterson (2002) en su elogio de la figura de David Riesman como «el último sociólogo». Riesman y algunos de sus compañeros se enfrentaron con cuestiones de gran calado público mientras que hoy en día la sociología profesional se limita a la comprobación de hipótesis limitadas en clara imitación de la actividad de las ciencias naturales. Ante la pregunta ¿«qué le ha ocurrido a la sociología»? Peter Berger (2002) responde que el campo ha caído víctima del fetichismo metodológico y de una obsesión con los temas más superficiales. Pero al mismo tiempo se queja de que la generación de los años sesenta convirtió a la sociología en ideología. Nos muestra la fría recepción de la sociología pública entre muchos sociólogos profesionales que temen que tal implicación pública corrompa a la ciencia y amenace tanto a la legitimidad de la disciplina como a los recursos materiales de los que disponen.

Tomo la postura opuesta —esto es, entre la sociología profesional y la pública debería

haber, y a menudo es lo que acontece, respeto y sinergias. Lejos de ser incompatibles son hermanas siamesas. De hecho, mi visión normativa de nuestra disciplina es de interdependencia recíproca entre nuestros cuatro tipos —la solidaridad orgánica que permite que cada tipo de sociología obtenga energía, significado e imaginación gracias a su interrelación.

Tal como ya he insistido, en el corazón de nuestra disciplina se encuentra su componente profesional. Sin una sociología profesional no puede haber ni sociología práctica ni pública, ni por supuesto sociología crítica —¿no habría nada que criticar! De la misma manera, la vitalidad de la sociología profesional depende del continuo desafío de las cuestiones públicas que se canalizan a través de la sociología pública. Fue el movimiento por los derechos civiles el que transformó la comprensión de la política para los sociólogos, fue el movimiento feminista el que permitió nuevos caminos para tantas esferas de la sociología. En ambos casos fueron los sociólogos comprometidos con tales movimientos y gracias a su participación en ellos los que infundieron las nuevas ideas en la sociología. De igual forma, la defensa pública del matrimonio de Linda Waite (2000) generó un vivo debate dentro de nuestra profesión. La sociología crítica puede ser una espina clavada en la sociología profesional, pero es fundamental para forzar la conciencia sobre las asunciones que continuamente realizamos y gracias a ella podemos cambiarlas. Si audaces y estimulantes fueron los desafíos de Alvin Gouldner (1970) al estructural-funcionalismo, la sociología práctica también podría convertirse en un agente involuntario del control social opresivo. De este modo, hoy en día podríamos incluir dentro de la rúbrica de la sociología crítica al movimiento en favor de una «sociología pura», en tanto que sociología científica libre de todo compromiso público. Lo que en el pasado era sociología profesional hoy puede ser sociología crítica. La sociología práctica, por su parte, ha reactivado la sociología de la desigualdad gracias a sus investigaciones sobre la pobreza y la educación. Más reciente es el compromiso de la investigación médica con las cuatro sociologías a través de su colaboración con los grupos de afectados de enfermedades tales como el cáncer de pecho, construyendo nuevos modelos de participación en la ciencia (Brown et al. 2004; McCormick et al. próxima publicación).

Los ejemplos de estas sinergias son abundantes, pero deberíamos ser precavidos a la hora de pensar que la integración de nuestra disciplina es fácil. Muy a menudo, las conexiones de las cuatro sociologías suelen ser difíciles de obtener puesto que están com-

puestas por prácticas cognitivas profundamente diferentes en sus distintas dimensiones —formas de conocimiento, verdad, legitimidad, responsabilidad y política, que culminan en sus propias patologías distintivas. El Cuadro 3 subraya estas diferencias.

Cuadro 3

Elaboración de los Tipos de Conocimiento

	Académico	Extra-académico
Instrumental	Sociología Profesional	Sociología Práctica
Conocimiento	Teórico/empírico	Concreto
Verdad	Correspondencia	Pragmático
Legitimidad	Normas científicas	Efectividad
Responsabilidad	Pares	Clientes
Política	Interés profesional propio	Intervención práctica
Patología	Auto-referencialidad	Servilismo
Reflexivo	Sociología Crítica	Sociología Pública
Conocimiento	Fundacional	Comunicativo
Verdad	Normativo	Consenso
Legitimidad	Visión moral	Relevancia
Responsabilidad	Intelectuales críticos	Públicos designados
Política	debate interno	Diálogo público
Patología	dogmatismo	Moda pasajera

El conocimiento que asociamos a la sociología profesional se basa en el desarrollo de programas de investigación, es diferente tanto del conocimiento concreto que requieren los clientes de la sociología práctica como del conocimiento comunicativo intercambiado entre los sociólogos y sus públicos y que a su vez es diferente del conocimiento fundacional de la sociología crítica. De esto se deriva la noción de verdad a la que cada uno se adhiere. En el caso de la sociología profesional el objetivo se centra en producir teorías que se correspondan con el mundo empírico, en el caso de la sociología práctica el conocimiento tiene que ser «práctico» o «útil», mientras que el conocimiento de la sociología pública se basa en el consenso entre los sociólogos y sus públicos y por último la verdad para la sociología crítica no es nada si no existe una base normativa que la sustente. Cada tipo de sociología tiene su propia legitimación: la sociología profesional se justifica sobre la base de las normas científicas, la sociología práctica sobre la base de su efectividad, la sociología pública sobre la base de su relevancia y la sociología crítica tiene que aportar visiones

morales. Cada tipo de sociología también tiene su propia responsabilidad. La sociología profesional se apoya en el sistema de pares, la sociología práctica ante sus clientes, la sociología pública ante su público, mientras que la sociología crítica es responsable ante una comunidad de intelectuales críticos que pueden trascender las fronteras disciplinares. Además cada tipo de sociología tiene su propia política. La sociología profesional defiende las condiciones de la ciencia, la sociología práctica propone intervenciones políticas, la sociología pública entiende la política como un diálogo democrático mientras que la sociología crítica está comprometida con la apertura de un debate dentro de nuestra disciplina.

Por último, y más significativo si cabe, cada tipo de sociología sufre de su propia patología procedente de su práctica cognitiva y de su encaje en instituciones divergentes. Aquellos que sólo hablan para un círculo reducido de compañeros de la academia están destinados a la insularidad. En la consecución de la resolución de aquellos enigmas definidos por nuestros programas de investigación, la sociología profesional

puede convertirse fácilmente en algo aparentemente irrelevante⁹. En el intento de defender nuestro lugar en el mundo de la ciencia, el interés por monopolizar el conocimiento inaccesible puede conducirnos a una grandilocuencia incomprensible o a un «metodologismo» estéril. No menos que la sociología profesional, la sociología crítica tiene sus propias tendencias patológicas hacia el sectarismo involucionista —comunidades de dogma que ya no ofrecen ningún compromiso serio con la sociología profesional o la infusión de valores dentro de la sociología pública. Por otro lado, la sociología práctica es fácilmente atrapable por los clientes que imponen las estrictas obligaciones contractuales en su financiación, distorsiones que por otro lado pueden reverberar en la sociología profesional. Si la investigación de mercados termina dominando la financiación de la sociología práctica, como de hecho Mills temía que pudiera ocurrir, entonces nos encontraríamos en una situación muy comprometida. La migración de los sociólogos a las facultades de empresariales, de educación y de ciencias políticas puede haber atemperado esta patología aunque no ha conseguido aislar a la disciplina de tales presiones. La sociología pública no menos que la sociología práctica puede sentirse libre de estas fuerzas. En la búsqueda de popularidad, la sociología pública se ve tentada de complacer y adular a sus públicos y, por lo tanto, de poner en entre dicho sus compromisos profesionales y críticos. Existe, por supuesto, el otro peligro de que la sociología pública reduzca sus públicos en una especie de vanguardismo intelectual. De hecho, esta patología se puede notar en el desprecio que C. Wright Mills tenía a la sociedad de masas.

Estas patologías son tendencias reales y por ello las visiones críticas de Jacoby, Patterson, Berger y otros tantos hacia la sociología profesional tienen su fundamento. Estas críticas se equivocan, sin embargo, al reducir lo patológico a lo normal. Evitan convenientemente referirse a la importante y relevante investigación realizada por la sociología profesional reflejada, por ejemplo, en las páginas de la revista *Contexts*, de la misma forma que pasan por alto las patologías de sus propios tipos de sociología. Los profesionales no tienen menos culpa en su acu-

sación de patología a la sociología pública cuando la denominan «sociología pop» sin fijarse en su robustez y ubicuidad. Hemos batallado entre nosotros con demasiada facilidad, ciegos ante la necesaria interdependencia de nuestros divergentes conocimientos. Necesitamos unirnos en una empresa común, hacer que nuestras sociologías profesional, práctica, pública y crítica sean mutuamente responsables. De esa manera también podríamos contener el desarrollo de las patologías. La institucionalización del intercambio recíproco requeriría de nuestra parte el desarrollo de un ethos común que reconociera la validez de los cuatro tipos de sociología —un compromiso basado en la urgencia que tienen los problemas que tratamos. En el mejor de los mundos posibles, en esta visión normativa, no tendríamos que ser sociólogos públicos contribuyentes de la sociología pública, podríamos serlo siendo sencillamente buenos sociólogos profesionales, críticos o prácticos. El florecimiento de cada sociología permitiría el florecimiento de todas las demás.

TESIS VII: LA DISCIPLINA COMO CAMPO DE PODER

En la realidad las disciplinas son campos de poder en los que la interdependencia recíproca se convierte en asimétrica y antagónica. El resultado, al menos en los Estados Unidos, es una forma de dominación en la que el conocimiento instrumental prevalece sobre el conocimiento reflexivo.

Nuestro ángel de la historia, habiendo surgido en los años setenta, fue atrapado por otra tormenta durante los años ochenta. La sociología estaba en crisis —la caída en picado de las matrículas de los estudiantes de licenciatura, el empeoramiento de la oferta de trabajo para los sociólogos, rumores de cierre de departamentos e intelectualmente la disciplina parecía haber perdido el norte. De la pluma de Irving Louis Horowitz (1993) surgió el trabajo *The Decomposition of Sociology* quejándose de la politización de la sociología. James Coleman (1991, 1992) dedicó sendos artículos a los peligros de

⁹ Hablo de «aparentemente» porque ante todo el programa de investigación de cada uno define qué es anómalo o contradictorio. Si los resultados pueden parecer triviales, entonces el programa de investigación debe aguantar la carga de la relevancia y de la perspicacia.

lo políticamente correcto y la invasión de la academia por parte de la norma social. El libro de Stephen Cole (2001) *What's Wrong with Sociology?* reunió a distinguidos sociólogos como por ejemplo Peter Berger, Joan Huber, Randall Collins, Seymour Martin Lipset, James Davis, Mayer Sald, Arthur Stinchcombe y Howard Becker. Todos ellos lamentaban la fragmentación de la sociología, la incoherencia y la falta de acumulación como en el caso de la verdadera ciencia —utilizando la imagen de la ciencia natural o de la economía— ¡siempre integrada, coherente y optimista! Su optimismo de los años cincuenta se deterioró ante el aluvión de desafíos críticos que en los años sesenta y setenta recibió el consenso de la disciplina. Ahora podemos apreciar las consecuencias y la sociología, o su concepción, estaba en peligro.

Quizá el ejemplo más interesante y minucioso de este género de escritura fue el libro de Stephen Turner y Jonathan Turner (1990) *The Impossible Science* que reconstruyó la historia de la sociología desde este sombrío punto de vista. Desde sus inicios, estos autores afirmaban que la sociología no dispuso de una audiencia sostenible ni de clientes y patrones fiables. Continuamente se vio invadida por las fuerzas políticas e interrumpida por una ascendencia científica transitoria durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Si existe una amenaza común para todas estas narraciones sobre el declive de la sociología es aquella que atribuye su malestar al poder subversivo de su conocimiento reflexivo bien sea en su forma de sociología crítica o pública.

En un aspecto estoy de acuerdo con los partidarios del «declive»: nuestra disciplina no es sólo una división potencialmente integrada del trabajo también es un *campo de poder*, una jerarquía más o menos estable de conocimientos antagónicos. Mi desacuerdo, no obstante, se encuentra en su evaluación del estado de la sociología y el equilibrio de poder dentro de nuestra disciplina. El declive de la sociología en los ochenta fue breve. Lejos del abatimiento, la sociología nunca ha estado en mejor momento como en el momento actual. Las cifras de titulados en sociología se han incrementado ininterrumpidamente desde 1985 y están por delante de Económicas y de Historia y casi al alcance de Ciencias Políticas. Sin embargo, la producción de doctores aún se encuentra por detrás de estas disciplinas, si bien su número sigue crecimiento

desde 1989. Presumiblemente continuará su crecimiento para así responder a la demanda de profesores universitarios cuya tendencia no muestra signos de reducirse. El número de miembros de la American Sociological Association ha crecido rápidamente en los últimos cuatro años, devolviéndonos al nivel de los años setenta. Estos indicadores resultan sorprendentes dado el hostil clima político en torno a la sociología, aunque pudiera ser que este mismo clima estuviera atrayendo a la gente hacia los momentos crítico y público de la sociología.

Mi segundo punto de desacuerdo con los partidarios del «declive» estriba en su amenaza para la sociología. Creo que es la dimensión reflexiva de la sociología la que está en peligro y no la dimensión instrumental. Al menos en los Estados Unidos las sociologías profesional y práctica —una articula las carreras profesionales, la otra los fondos— dictan la dirección de la disciplina. La oferta de valores que supone la sociología crítica y la oferta de influencias por parte de la sociología pública no encajan con el poder de las carreras profesionales y del dinero. Puede existir diálogo a lo largo de la dimensión vertical del Cuadro 1, pero los vínculos reales de su simbiosis descansan en la dirección horizontal, la creación de una coalición dirigente de la sociología profesional y práctica y una mutua colaboración subordinada de la sociología crítica y pública. Este modelo de dominación deriva del entronque de la disciplina en una constelación más amplia de poder y de intereses. En nuestra sociedad el dinero y el poder hablan más alto que cualquier otro valor e influencia. El capitalismo en los Estados Unidos es especialmente duro con una esfera pública que no es sólo débil sino que está invadida por un ejército de expertos y por una plétora de medios de comunicación. La voz sociológica es fácilmente ahogada. De igual manera que la sociología pública tiene que afrontar una esfera pública competitiva, la sociología crítica se tropieza con la balcanización de las disciplinas y como resultado de la discusión crítica se priva del acceso a su más potente promotor —las disposiciones paralelas en otras disciplinas.

El equilibrio del poder puede ser sopesado en favor del conocimiento instrumental, pero aún podemos hacer nuestra disciplina, creando los espacios para fabricar una visión más audaz y vital. Existe una contradicción entre la responsabilidad de la sociología profesional con sus

pares y la responsabilidad de la sociología pública con sus públicos, pero ¿debe llevarnos al campo de batalla —cada una patologizando a la otra? Para estar seguros de que las sociologías crítica y práctica están en desacuerdo —una dependiente de su autonomía, la otra de sus clientes— pero si cada una reconociera algo de la otra en su interior, la relación mutua podría desplazar al antagonismo. En vez de conducir la disciplina hacia esferas separadas podríamos desarrollar una variedad de sinergias y compromisos muy fructíferos.

No existe lugar para explorar ninguno de los antagonismos potenciales y alianzas dentro de este campo de poder. Baste decir que si nuestra disciplina puede permanecer unida sólo bajo un sistema de dominación, permitamos que ese sistema sea el de la hegemonía en lugar de el del despotismo. Esto es, se debería permitir que los conocimientos subalternos (crítico y público) tuvieran espacio para desarrollar sus capacidades y para inyectar dinamismo en los conocimientos dominantes. La sociología profesional y práctica deberían reconocer su interés ilustrado en el florecimiento de las sociologías crítica y pública. Sin embargo, a corto plazo puede ser perjudicial mientras que a largo plazo el conocimiento instrumental no puede prosperar sin los desafíos de los conocimientos reflexivos, esto es, desde la renovación y redireccionamiento de los valores que sustentan su investigación, valores que tienen su origen y se recargan gracias a la sociedad más amplia.

Hemos esbozado el campo de poder que comprende las relaciones entre las cuatro sociologías de una manera relativamente abstracta. Su combinación específica variará entre los departamentos a lo largo del tiempo dentro un único país, entre países, e incluso asume una configuración globalmente cambiante. Por consiguiente, las siguientes tres tesis exploran la especificidad de la configuración contemporánea de la sociología en los Estados Unidos al abordar una serie de comparaciones y así profundizar en nuestro encuentro con las fuerzas nacionales y globales que conforman los campos disciplinares.

TESIS VIII: HISTORIA Y JERARQUÍA

En los Estados Unidos la dominación de la sociología profesional surgió gracias a sus sucesivos diálogos con las sociologías pública, práctica y crítica.

Pero incluso aquí la fortaleza de la sociología profesional se concentra en los departamentos de investigación más prestigiosos y encuadrados en un sistema educativo universitario muy estratificado, mientras que en los niveles inferiores la sociología pública a menudo es más importante cuanto menos visible es.

Hoy en día aceptamos la dominación de la sociología profesional como una característica normal de la sociología en los Estados Unidos. Pero esto es un fenómeno bastante reciente. Podemos trazar la historia de la sociología en los Estados Unidos a través de la profundización paulatina de la sociología profesional a lo largo de tres periodos sucesivos.

La sociología profesional comenzó a mediados del siglo diecinueve como un diálogo entre grupos filantrópicos en pos de reformas y mejoras sociales por un lado y los primeros sociólogos por otro. Estos últimos a menudo poseían una herencia religiosa y transfirieron su celo moral a una ciencia laica en ciernes, la sociología. Después de la Guerra Civil la exploración de los problemas sociales se desarrolló a través de la recopilación y del análisis de las estadísticas laborales así como también gracias a las encuestas sobre la pobreza. La recopilación de datos para demostrar la grave situación de las clases más bajas puso las bases para la fundación de la sociología profesional. Los sociólogos estaban en contacto directo con todos los grupos de una sociedad civil floreciente incluso después de la formación de la American Sociological Association, tal como se denominó en 1905. En sus orígenes, por lo tanto, la sociología era inherentemente pública.

La segunda fase de la sociología supuso un cambio de compromiso pasando de los públicos a las fundaciones y al gobierno. A principios de los años veinte del pasado siglo, el apoyo de la Fundación Rockefeller al Institute for Social and Religious Research (que patrocinaría los famosos estudios de Middletown) y posteriormente su apoyo a la comunidad investigadora de la Universidad de Chicago y de la Universidad de North Carolina marcó el inicio del activo papel de las fundaciones en la actuación de la sociología. Al mismo tiempo, la sociología rural trataba de crear una base de investigación dentro del propio Estado (Larson y Zimmerman 2003). Como director del President's Research Committee (1933) William Ogburn promovió un enorme trabajo titulado *Recent Social Trends in*

the United States. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Estado patrocinó la continuación de la sociología gracias a, entre otras investigaciones, el amplio estudio de Samuel Stouffer (1949) sobre la moral dentro del ejército de los Estados Unidos. Después de la guerra surgió una nueva fuente de financiación, a saber, las empresas financiaron la investigación cuantitativa, personificada en el trabajo del Bureau of Applied Social Research dirigido por Lazarsfeld en la Universidad de Columbia. La mayor parte de la sociología dependía de la financiación empresarial y gubernamental y su trabajo se centraba en generar rigurosos métodos estadísticos para el análisis de los datos empíricos, lo cual suponía, por otro lado, recibir críticas de muchas partes.

La tercera fase de la sociología norteamericana, por último, estuvo marcada por el compromiso de la sociología crítica con la sociología profesional. Su inspiración fue Robert Lynd (1939) y su crítica tanto a la limitación del ámbito sociológico como a la pretensión de neutralidad valorativa de la sociología. Su continuador más famoso quizá fue C. Wright Mills (1959), quien se refirió al compromiso inicial de la sociología con los públicos como «utilidad generosa» y al segundo período, al de la financiación empresarial y estatal, como «utilidad mezquina». No se dio cuenta, sin embargo, de que él estaba inaugurando una tercera fase de la «sociología crítica» que redirigiría tanto las tendencias teóricas como metodológicas dentro de la disciplina. Alvin Gouldner (1970) produjo un hito en esta tercera fase con su ataque a los fundamentos del estructural funcionalismo y de las sociologías allegadas, así como también al crear un espacio para las nuevas tendencias teóricas influenciadas por el feminismo y el marxismo. Esta sociología crítica dotó de la energía y la imaginación subyacente necesaria para la reconstrucción de la sociología profesional durante los años ochenta y noventa.

¿Cuál será el origen del próximo impulso para la sociología? La tesis I planteaba que la brecha entre el ethos sociológico y el mundo está lanzando a la sociología a la arena pública. Además, la sociología profesional ha alcanzado en estos momentos un nivel de madurez y confianza en sí misma que puede devolverla a sus raíces cívicas y promover una sociología pública desde una posición de fortaleza —un compromiso con las profundas y agitadas tendencias

globales de nuestro tiempo. Recordar que la sociología pública original del siglo diecinueve, a pesar de su provincianismo, supuso el fundamento de la ambiciosa sociología profesional del siglo veinte. Y ésta, a su vez, ha creado las bases para su propia trascendencia —una sociología pública del siglo veintiuno de dimensiones globales.

Esto no supone obviar la importancia de la sociología pública local, las conexiones orgánicas entre sociólogos y comunidades próximas. Todo lo contrario. Después de todo, lo global sólo se manifiesta a través de y se constituye fuera de los procesos locales. Debemos reconocer que gran parte de la sociología pública local está incorporada en nuestros sistemas estatales de educación en los cuales los profesores soportan el peso de grandes cargas de docencia. Si pueden disponer de algo de tiempo más allá de la enseñanza, llevan su sociología pública fuera del aula y se dirigen a la comunidad. No conocemos nada de esas sociologías públicas extra-curriculares porque sus practicantes rara vez tienen tiempo de hablar o escribir de ellas. Afortunadamente, Kerry Strand, Sam Marullo, Nick Cutforth, Randy Stoecker y Patrick Donohue (2003) han alumbrado este terreno oculto al reunir en un libro las sociologías públicas orgánicas o lo que ellos denominan investigación basada-en-la-comunidad. El volumen expone un conjunto de principios y prácticas así como numerosos ejemplos, muchos de los cuales combinan la investigación, la enseñanza y el servicio para con la sociedad.

El punto es que el sistema educativo superior norteamericano es un enorme conjunto en rápido crecimiento de instituciones, muy jerarquizado y con una enorme diversidad. Por lo tanto, la configuración de nuestras cuatro sociologías es muy diferente según los diferentes niveles y lugares donde se establece. La concentración de investigación y de profesionalización en la cima de nuestro sistema universitario es debido, en parte, a la sobrecarga de nuestras instituciones de enseñanza, las facultades de cuatro y dos años. La configuración de las sociologías en estas instituciones es análoga a la de lugares con menos recursos en el mundo. Tal como se plantea en la siguiente tesis, la diversidad dentro de los Estados Unidos no hace sino reflejar la diversidad en el mundo.

TESIS IX: LA PROVINCIALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA NORTEAMERICANA

La sociología en los Estados Unidos se presenta como universal pero es particular —no sólo en su contenido sino también en su forma, esto es, en la configuración de nuestros cuatro tipos de sociología. Al mismo tiempo ejerce una enorme influencia sobre otras sociologías nacionales y no siempre en su favor. Así pues, necesitamos remodelar no solo la división del trabajo sociológico nacional sino también global.

El término «sociología pública» es una invención norteamericana. Si, en otros países, es la esencia de la sociología, para nosotros no es sino una parte, y más bien pequeña, de nuestra disciplina. De hecho, para algunos sociólogos norteamericanos no llega a ser parte plena de nuestra disciplina. Cuando viajo a Sudáfrica a hablar sobre la sociología pública —y esto ocurriría en muchos países del mundo— mis audiencias me miran desconcertados. ¡Qué podría ser sino la sociología, un compromiso con diversos públicos sobre diferentes cuestiones públicas! Que la American Sociological Association dedicara nuestro último encuentro anual a las sociologías públicas habla bastante de la fortaleza de la sociología profesional en los Estados Unidos. Además, en un mundo en el que las sociologías profesionales nacionales son a menudo más débiles que las sociología públicas, centrarse en éstas últimas significa un desafío para la hegemonía internacional de la sociología norteamericana y apunta a la reconstrucción de las sociologías tanto nacional como globalmente.

La configuración de nuestros cuatro tipos de sociología varía según los países. En el sur del planeta, tal como he podido constatar, la sociología a menudo tiene una fuerte presencia pública. En mi visita a Sudáfrica en 1990 me sorprendí al descubrir las estrechas conexiones entre la sociología y las luchas anti-apartheid, especialmente del movimiento obrero pero también de diversas organizaciones cívicas. Mientras que en los Estados Unidos estábamos teorizando sobre los movimientos sociales ¡en Sudáfrica, los sociólogos estaban creando movimientos sociales! Este proyecto condujo su sociología, estimulando un nuevo campo de investigación —el movimiento social sindicalis-

ta— que los sociólogos norteamericanos redescubrieron como nueva etiqueta ¡veinte años después! Pero la sociología sudafricana no sólo se centró en la movilización social también lo hizo en el objetivo de tales movilizaciones. Los sociólogos analizaron el carácter y las tendencias del Estado del apartheid, debatiendo la estrategia a seguir por el movimiento anti-apartheid. Se preguntaron si deberían ser siervos o críticos del movimiento. Sin embargo hoy en día, diez años después del apartheid, Sudáfrica presenta un contexto menos favorable para la sociología pública, los sociólogos se están dirigiendo a las ONGs, empresas y aparatos del Estado, el nuevo gobierno les reclama su retirada de las trincheras de la sociedad civil y centrarse en la enseñanza. Asimismo, la investigación social se está canalizando a través de la inmediatez de las cuestiones políticas o por la «referencia» a los estándares profesionales «internacionales», por ejemplo, caso de los de la sociología norteamericana. La desmovilización de la sociedad civil ha ido de la mano con el cambio de la sociología reflexiva a la instrumental (Sitas 1997; Webster 2004).

Se pueden encontrar tendencias similares en muchos otros lugares, pero cada uno de ellos tiene su propia especificidad nacional. Tomemos el caso de la Unión Soviética. La sociología se clandestinizó en la era de Stalin y sólo volvió a la superficie cuando fue considerada como un arma de la crítica oficial y no oficial por los regímenes post-stalinistas. La investigación de la opinión pública se convirtió en una forma de sociología pública durante la distensión de los años sesenta antes de su monopolización por los aparatos del Estado. Bajo el fuerte liderazgo de Tatyana Zalavskaya, la Perestroika sacó a la luz la fuerza de los sociólogos. La sociología llegó a estar íntimamente conectada con la erupción de la sociedad civil. Con el destripamiento de la sociedad civil en el período pos-soviético sin embargo la incipiente sociología se mostró indefensa ante la invasión de las fuerzas del mercado. Con unas pocas excepciones, la sociología fue desterrada de las escuelas de negocios y de los centros de investigación de opinión pública y mercados. Sólo en centros financiados por fundaciones occidentales y con sociólogos formados en Inglaterra o en Estados Unidos se mantiene una empresa intelectual seria.

La situación es muy diferente en los países escandinavos dadas sus fuertes tradiciones

socialdemócratas. Aquí la sociología se desarrolló con el Estado del Bienestar, el cual confería una fuerte orientación política en un también fuerte momento público. La sociología noruega muy influenciada por la sociología norteamericana, no obstante, se orientó también hacia el mundo político y aquí la influencia feminista fue muy importante. Con una población de sólo 5 millones de habitantes y menos de 200 sociólogos registrados, la comunidad profesional es muy pequeña. Por esta razón, el objetivo más ambicioso de la sociología es la consecución de un lugar en la sociedad bien en el gobierno o como intelectuales públicos. Los sociólogos participan asiduamente en los periódicos, radio y televisión. Los noruegos han conseguido exportar su sociología pública convirtiéndose en un nudo con conexiones no sólo con los Estados Unidos sino también con Europa y con otros países del sur del planeta.

El resto de Europa es muy variada. Francia tiene una de las tradiciones más longevas de sociología profesional y al mismo tiempo cultiva una sociología pública tradicional con figuras señeras como Raymond Aron, Pierre Bourdieu y Alain Touraine. En Inglaterra la sociología profesional es más reciente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, y fue fácilmente vulnerable al régimen de Margaret Thatcher quien trató de amordazar las iniciativas pública y práctica mientras fortalecía una profesión provinciana que sólo miraba hacia el interior. El retorno del gobierno laborista hizo revivir a la sociología gracias a la expansión de la investigación práctica y reconocer a su sociólogo público más ilustre y prolífico, Anthony Giddens, como miembro de la Cámara de los Lores.

Al cartografiar los campos de las sociologías nacionales uno aprende no sólo cuán particular es la sociología de los Estados Unidos sino también lo poderosa e influyente que es. La producción de 600 doctores al año la convierte en un gigante de la sociología en el mundo. Muchos de los sociólogos más influyentes que enseñan en otras partes del mundo se han educado en Estados Unidos. La American Sociological Association tiene casi 14.000 miembros con un equipo directivo de 24 personas a tiempo completo. Pero no son sólo las abrumadoras cifras y recursos los que muestran este hecho. Cada vez más los gobiernos de todo el mundo se guían por los estándares «internacionales» de calidad académica lo que significa la publicación en

revistas «occidentales», en particular, revistas norteamericanas. Esto ocurre en Sudáfrica y en Taiwán pero también en países con recursos considerables como el caso de Noruega. Dirigidas por las conexiones con Occidente y por la publicación en inglés, las sociologías nacionales pierden su compromiso con los problemas nacionales y con las cuestiones locales. Dentro de cada país, los Estados alimentan las presiones globales que fracturan la división nacional del trabajo sociológico, abriendo una brecha entre las cuatro sociologías. Gracias a la conspiración o deliberada implicación por parte de sus practicantes, la sociología norteamericana se ha convertido en hegemónica en el mundo. Por tanto, tenemos una responsabilidad especial en reenforzar nuestra propia sociología, bajarla del pedestal de la universalidad y reconocer su carácter distintivo y su poder nacional. Tenemos que desarrollar un diálogo, una vez más, con las otras sociologías nacionales, reconocer sus tradiciones locales y sus aspiraciones a generar una sociología indígena. Tenemos que pensar en términos globales para reconocer la emergente división global del trabajo sociológico. Si los Estados Unidos llevan la batuta con su sociología profesional tenemos que fomentar las sociologías públicas del Sur del planeta y las sociologías políticas de Europa. Tenemos que alentar las redes de sociologías críticas que trasciendan no sólo las disciplinas sino también las fronteras nacionales. Deberíamos aplicarnos nuestra propia sociología para ser más conscientes de las fuerzas globales que están conduciendo nuestra disciplina y para que podamos encauzarlas nosotros en vez de que nos dirijan.

TESIS X: DIVIDIR LAS DISCIPLINAS

Las ciencias sociales se distinguen de las humanidades y de las ciencias naturales por su combinación de conocimiento instrumental y reflexivo —una combinación que es variable y por lo tanto otorga diferentes oportunidades a las intervenciones pública y práctica. El conocimiento interdisciplinario asume formas diferentes en cada cuadrante del campo sociológico.

Se dice que la división de las disciplinas es un producto arbitrario de la decimonónica historia europea, que la presente especialización disciplinar es anacrónica y que deberíamos avanzar

hacia una ciencia social unificada. La fantasía positivista fue resucitada recientemente por Immanuel Wallerstein et al. (1996) en el Informe de la Comisión Gulbenkian sobre la Reestructuración de las Ciencias Sociales. El proyecto parece bastante inofensivo pero dado su fracaso en la respuesta a las cuestiones —¿conocimiento para quién? y ¿conocimiento para qué?— supone que la nueva ciencia social unificada disuelve con demasiada facilidad la reflexividad, esto es, los momentos crítico y público de las ciencias sociales. En un mundo de dominación, la unidad se convierte con demasiada facilidad en la unidad del poderoso. Manifestar que la división de las disciplinas es arbitraria porque se crearon en un momento determinado de la historia, es no entender el desarrollo y los cambios de significado así como los intereses que representan dicha división. Es cometer la llamada falacia genética. Para subrayar las bases de la división de las disciplinas, y en interés de la brevedad, retrocederé sobre un retrato esquemático de los campos académicos, sacrificando inevitablemente la atención sobre la diferenciación interna y la variación a lo largo del tiempo y del espacio.

Las ciencias naturales se basan ampliamente en el conocimiento instrumental enraizado en los programas de investigación cuyo desarrollo está gobernado por las comunidades científicas. La audiencia extra-académica se encuentra en el mundo práctico —industria o gobierno— dispuesto a explotar los descubrimientos científicos. Cada vez más, esta audiencia extra-académica se adentra en la academia para dirigir o supervisar su investigación, provocando oposición a las relaciones de connivencia, ya se hallen en el área de la investigación médica, de la física nuclear o de la bioingeniería (Epstein 1996; Moore 1996; Schurman y Munro 2004). Tal reflexividad crítica, que a menudo se extiende al debate público, no es la esencia de la ciencia natural como en el caso de las humanidades. Las obras de arte o de literatura se validan en último extremo sobre la base de un diálogo entre pequeños grupos de expertos o dentro de públicos más amplios. Su verdad se establece a través de su valor estético basado en una evaluación discursiva, esto es, como conocimientos crítico y públi-

co, aunque por supuesto puedan elaborarse en facultades de conocimiento instrumental y posteriormente entrar en el mundo práctico.

Las ciencias sociales están en un cruce de caminos entre las humanidades y las ciencias naturales dado que su propia definición bebe del conocimiento instrumental y reflexivo. El equilibrio entre estos dos tipos de conocimiento, no obstante, varía entre las ciencias sociales. La economía, por ejemplo, es la más cercana entre las ciencias sociales a lo que podríamos denominar ciencia paradigmática, dominada por un único programa de investigación (economía neoclásica). La organización de la disciplina refleja este hecho en su escasez de premios (Medalla Clark y Premios Nobel), la élite controla las principales revistas, las clasificaciones no sólo de departamentos sino de economistas individuales y la ausencia de subáreas organizadas de forma independiente acentúan dicho carácter. Los economistas disidentes sólo sobreviven si pueden establecerse por su cuenta en términos profesionales. De hecho, se podría comparar la economía profesional con la disciplina del Partido Comunista para con sus disidentes y con su doctrina coherente cuyo objetivo es expandirse por todo el mundo en nombre de la libertad¹⁰. Su prestigio en el mundo académico se sustenta en su coherencia interna y en el mundo práctico gracias a su elevada efectividad.

Si la economía es como el Partido Comunista, la sociología norteamericana se parece más al anarcosindicalismo, una democracia participativa descentralizada. Se basa en múltiples y superpuestas tradiciones reflejadas en sus 43 secciones y en la proliferación de premios (Ennis 1992), así como en las más de 200 revistas sociológicas (Turner y Turner 1990: 159). Nuestro modo institucional de operar refleja nuestras múltiples perspectivas —aunque no siempre de la manera más adecuada. La disciplina, aunque sea un sistema jerárquico y elitista de castas (Burris 2004), sin embargo es más abierto que el de la economía de acuerdo con las cifras de movilidad de profesores entre departamentos y los patrones de reclutamiento de licenciados (Hans 2003). La disciplina es más democrática en la elección de sus dirigentes. Las reso-

¹⁰ Marion Fourcade-Gourinchas (2004) ha documentado la enorme influencia internacional de la economía norteamericana. Con su desprendimiento de las ideas de Amartya Sen (1999), Peter Evans (2004) se ha esforzado valientemente por empujar a la economía hacia un compromiso orgánico público, una economía sensible a las cuestiones locales y a la democracia deliberativa.

luciones de los miembros no se restringen a intereses profesionales y sólo requieren el apoyo del 3% de sus votos. Así pues, si la economía es más efectiva en el mundo práctico, la estructura de la disciplina de la sociología se organiza de acuerdo con la sensibilidad de los diversos públicos. Nuestras ventajas comparativas descansan en la esfera pública, probablemente influimos más en el mundo práctico a través de nuestros compromisos públicos.

Cuando se observan otras ciencias sociales, la ciencia política es un campo balcanizado aunque más inclinado hacia la práctica que hacia los públicos, más hacia el conocimiento instrumental que hacia el reflexivo. Las tendencias actuales hacia los modelos de elección racional han conducido a una reacción reflexiva. El movimiento de la Perestroika dentro de la ciencia política mantiene una aproximación más institucional a la política y apoya la teoría política en tanto que teoría crítica. La antropología y la geografía están balcanizadas en torno a la división instrumental-reflexiva. Así por ejemplo, la antropología cultural y la geografía humana a menudo reaccionan en contra de los modelos científicos de sus colegas, mientras sirven de puentes a las humanidades. La filosofía, otro paso entre las ciencias sociales y las humanidades, encuentra su nicho distintivo en el conocimiento crítico.

Las divisiones disciplinares son más fuertes en los Estados Unidos que en cualquier otro lugar. Esta es la razón por la que el conocimiento «interdisciplinar» tiene una existencia precaria en las fronteras de nuestras disciplinas. Cada uno de los cuatro tipos de sociología desarrolla un intercambio distintivo y una colaboración con sus disciplinas vecinas. En el interfaz del conocimiento profesional existe un *préstamo multidisciplinar*. El resultado de la sociología económica y de la sociología política es todavía parte distintiva de la sociología —las bases sociales de los mercados y de la política. En la interfaz del conocimiento crítico, existe una *inyección transdisciplinar*. El feminismo, el postestructuralismo y la teoría racial crítica han dejado toda su impronta en el compromiso de la sociología crítica con la sociología profesional. Pero esa inyección siempre ha sido limitada. El

desarrollo del conocimiento público a menudo se produce a través de una *colaboración multidisciplinar* como, por ejemplo, el caso de la «investigación participativa» que pone en comunicación tanto comunidades como académicos de disciplinas complementarias. Una comunidad define una cuestión —vivienda, contaminación ambiental, enfermedad, salario mínimo, escolarización, etcétera— y entonces trabaja conjuntamente con un equipo multidisciplinar para enmarcar y plantear las aproximaciones a tal cuestión. Por último, en el mundo práctico existe una *coordinación conjunta disciplinar* que suele reflejar una jerarquía de disciplinas. Por ejemplo, el Estado financia un área de estudios que suele funcionar con metas políticas bien definidas que otorgan prioridad a la economía y a la ciencia política.

Una vez reconocido el poder de la división disciplinar y atrapados por las variadas combinaciones de conocimiento instrumental y reflexivo, ahora debemos preguntarnos por el significado de estas variaciones. En concreto, ¿existe algo distintivo en el conocimiento sociológico y en los intereses que representa? ¿Podríamos también ser economistas o politólogos y por casualidad acabar siendo sociólogos —un asunto sin importancia, un accidente biográfico? ¿Disponemos de identidad propia dentro de las ciencias sociales? Estas preguntas me conducen a mi tesis final.

TESIS XI: EL SOCIÓLOGO COMO PARTISANO¹¹

Si el punto de vista de la economía es el mercado y su expansión, y el punto de vista de la ciencia política es el Estado y la garantía de estabilidad política, entonces el punto de vista de la sociología es la sociedad civil y la defensa de lo social. En los tiempos de la tiranía del mercado y del despotismo del Estado, la sociología —y en particular su faceta pública— defienden el interés de la humanidad.

Las ciencias sociales no son un crisol de disciplinas puesto que las disciplinas representan

¹¹ Tomado del ensayo con el mismo título de Alvin Gouldner (1968). Igualmente pertinente para la Tesis XI son las palabras desafiantes de Pierre Bourdieu: «el etnosociólogo es un tipo de intelectual orgánico de la humanidad que, como agente colectivo, puede contribuir a la desnaturalización y desfatalización de la existencia al poner su competencia al servicio de un universalismo enraizado en la comprensión de los particularismos» Citado en Wacquant (2004).

intereses diferentes y opuestos —ante todo interés en la preservación de los fundamentos sobre los que se asienta su conocimiento. La economía, tal como la conocemos en la actualidad, depende de la existencia de los mercados, tiene interés en su expansión, la ciencia política depende del Estado y está interesada en la estabilidad política, mientras que la sociología depende de la sociedad civil y su interés es la expansión de lo social.

Pero ¿qué es la sociedad civil? De acuerdo con mi argumentación, la podemos definir como un producto del capitalismo occidental de finales del siglo diecinueve que produjo asociaciones, movimientos y públicos que estaban al margen tanto del Estado como de la economía —los partidos políticos, los sindicatos, la institución educativa, las comunidades religiosas, los medios de comunicación impresos y una amplia variedad de organizaciones de voluntarios. Estas agregaciones de vida asociativa son el punto de vista único de la sociología, así que cuando desaparecen —caso de la Unión Soviética de Stalin, la Alemania de Hitler, el Chile de Pinochet— la sociología también desaparece. Al contrario, cuando la sociedad civil florece —caso de la Rusia de la Perestroika o la Sudáfrica del final del Apartheid— también lo hace la sociología.

La sociología puede estar conectada con la sociedad por un cordón umbilical pero, por supuesto, esto no es decir que la sociología sólo estudia la sociedad civil. Más que esto. Estudia el Estado o la economía desde el *punto de vista de la sociedad civil*. La sociología política, por ejemplo, no es lo mismo que la ciencia política. Examina las precondiciones sociales de la política y la politización de lo social de igual forma que la sociología económica es muy diferente de la economía. De hecho, observa lo que los economistas pasan por alto, las fundaciones sociales del mercado.

Esta división tripartita de las ciencias sociales —no dispongo de espacio aquí para incluir a vecinos tales como la geografía, la historia y la antropología— podía asumirse en el momento de su nacimiento durante el siglo diecinueve, pero se ha difuminado en el siglo veinte (con la fusión y solapamiento de las fronteras del Esta-

do, la economía y la sociedad). Durante los últimos treinta años, sin embargo, esta separación tripartita ha experimentado un renacimiento encabezada por el unilateralismo del Estado de una parte, y por el fundamentalismo del mercado de otra. Durante este período, la sociedad civil ha sido colonizada y cooptada por los mercados y los Estados. Aún hoy, la oposición a estas fuerzas gemelas tiene su origen, si es que todavía existe, en la sociedad civil tanto local, nacional como transnacional. En este sentido la filiación de la sociología con la sociedad civil, esto es, la sociología pública, representa los intereses de la humanidad —intereses que tratan de mantener acorralado el despotismo del Estado y la tiranía del mercado.

Permítanme ahora matizar lo que he dicho. En primer lugar, creo que la ciencia económica y la ciencia política han elaborado diferentes bombas de tiempo ideológicas que han justificado los excesos de los mercados y de los Estados, excesos que están destruyendo los fundamentos de la universidad pública, esto es, las condiciones académicas de existencia tanto de ellas como de otras tantas disciplinas. Mientras se reconoce este hecho no querría que esto representara a todos los economistas y politólogos. Las disciplinas, después de todo, son campos de poder. Cada una con sus fuerzas dominantes y opositoras. Pensemos en el movimiento de la Perestroika en la ciencia política o en la red de Economistas Post-autistas —una economía que reconoce a los individuos como seres humanos maduros y con múltiples inquietudes. Como sociólogos podemos encontrar, y de hecho ha ocurrido, aliados y colaboradores en estas formaciones opuestas.

El campo de la sociología también se encuentra dividido. La sociedad civil, después de todo, no es una comunidad armónica sino que está escindida por segregaciones, dominaciones y explotaciones¹². A lo largo de la historia, la sociedad civil ha sido masculina y blanca. A la vez que integradora también ha sido invadida por el Estado y el mercado lo que se ha reflejado en la sociología a través del uso de conceptos acrílicos tales como capital social. Si bien la sociedad civil es aún un terreno disputado, afir-

¹² Es aquí donde comparto la perspectiva durkheimiana del comunitarismo según Amitai Etzioni (1993) y Philip Selznick (2002). Su atención se centra en la relación moral del individuo con la sociedad y la observación de las jerarquías, dominaciones, exclusiones, etcétera como interferencias desafortunadas. De igual manera que no se centran en las divisiones de la sociedad tampoco lo hacen con las divisiones internas de la sociología y de la academia en general.

mo que en la coyuntura actual es el mejor terreno posible para la defensa de la humanidad — una defensa que estaría socorrida por el cultivo de una sociología pública críticamente dispuesta a esta labor.

¿Cómo podemos alcanzar esta meta? Tal como he sugerido en la Tesis VII la división institucional del trabajo sociológico y el correspondiente campo de poder han restringido hasta ahora la expansión de las sociologías públicas. No tendríamos que defender la sociología pública si no hubiera obstáculos para llevarla a cabo. Su superación requiere del compromiso y sacrificio que muchos ya han hecho y continúan haciendo. Esta es la razón de su vocación sociológica —no para hacer dinero sino para crear un mundo mejor. Así pues, ya existe una plétora de sociologías públicas. Pero también existen nuevos desarrollos. Es el caso de la revista *Contexts* que ha dado un paso fundamental en pos de la sociología pública. La dirección de la ASA ha realizado enormes esfuerzos de publicitación e influencia a través de sus reuniones congresuales y sus continuas notas de prensa, pero también a través de las páginas de nuestra revista *Footnotes*. Este año la ASA ha presentado un nuevo premio que reconocerá la excelencia de la información sobre la sociología en los medios de comunicación. Necesitamos cultivar una relación de colaboración entre la sociología y el periodismo. Para los periodistas somos su público a la vez que ellos son puente entre nosotros y una multitud de públicos.

La ASA también ha establecido un grupo de trabajo para la institucionalización de las sociologías públicas con la consideración de tres elementos fundamentales. En primer lugar, considerar cómo reconocer y validar la sociología

pública ya existente —hacer visible lo invisible, hacer público lo privado. En segundo lugar, el grupo de trabajo considerará el modo de introducir incentivos en favor de la sociología pública para recompensar la consecución de tal sociología, a menudo menospreciada en los méritos y promociones. Los departamentos ya han creado premios y bitácoras y han comenzado a diseñar programas de cursos de sociología pública. En tercer lugar, si vamos a reconocer y premiar a la sociología pública entonces debemos desarrollar criterios que nos permitan distinguir la buena de la mala sociología pública. Debemos alentar la mejor sociología pública pues ésta no puede ser una sociología de segunda categoría.

Una cuestión importante para estos cambios institucionales es que el éxito de la sociología pública surja desde abajo. Esto ocurrirá si la sociología pública es capaz de atrapar la imaginación de los sociólogos y cuando estos reconozcan la importancia de la sociología pública en sí misma y por las gratificaciones que presta así como cuando los sociólogos la asuman como un movimiento social que va más allá de la academia. Preveo un sinnúmero de nodos, cada uno de ellos forjando colaboraciones de sociólogos con sus públicos, fluyendo todos juntos a través de una corriente única. Inspirados por un siglo de extensa investigación, de elaboración de teorías, de intervenciones prácticas y de pensamiento crítico lograremos alcanzará un entendimiento común a lo largo de múltiples fronteras incluidas las nacionales. Y al lograrlo de esta manera eliminaremos las viejas insularidades. Entonces, nuestro ángel de la historia desplegará sus alas y remontará el vuelo por encima del huracán.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABBOTT, Andrew (2001): *Chaos of Disciplines*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- AMERICAN SOCIOLOGICAL ASSOCIATION (2004): *An Invitation to Public Sociology*. Washington, DC: American Sociological Association.
- ARENDT, Hannah (1958): *The Human Condition*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- BELLAH, Robert; RICHARD Madsen; WILLIAM M. Sullivan; ANN Swidler, and STEVEN Tipton (1985): *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*. Berkeley, CA: University of California Press.
- BENJAMIN, Walter (1968): *Illuminations: Essays and Reflections*. Edited and with an introduction by Hannah Arendt. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- BERGER, Peter (2002): «Whatever Happened to Sociology». *First Things* 126: 27-29.
- BIELBY, William (2003): *Betty Dukes, et al. v. Wal-Mart Stores, Inc.*
- BLAU, Peter and Otis Dudley DUNCAN (1967): *The American Occupational Structure*. New York: John Wiley.

- BOK, Derek (2003): *Universities in the Marketplace*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- BOURDIEU, Pierre (1986) [1979]: *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*. New York: Routledge and Kegan Paul.
- (1988) [1984]: *Homo Academicus*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- BROWN, Phil; STEPHEN ZAVESTOSKI; Sabrina McCORMICK; Brian MAYER; Rachel MORELLO-FROSCH and Rebecca GASIO ALTMAN. 2004. *Sociology of Health and Illness* 26: 50-80.
- BURRIS, Val (2004): «The Academic Caste System: Prestige Hierarchies in PhD Exchange Networks». *American Sociological Review* 69: 239-264.
- COLE, Stephen (ed). (2001): *What's Wrong with Sociology?* New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- COLEMAN, James (1966): *Equality of Educational Opportunity*. Washington, DC: United States Department of Health, Education and Welfare.
- (1975): *Trends in School Segregation, 1968-1973*. Washington, DC: Urban Institute.
- (1991): «A Quiet Threat to Academic Freedom». *National Review* 43: 28-34.
- (1992): «The Power of Social Norms». *Duke Dialogue* 3.
- COLLINS, Patricia Hill (1991): *Black Feminist Thought*. New York: Routledge.
- Columbia Accident Investigation Board. 2003. *Report*. Vol. I. Washington, DC: Government Printing Office.
- DEWEY, John (1927): *The Public and Its Problems*. New York: Henry Holt.
- DU BOIS, W.E.B. (1903): *The Souls of Black Folk*. New York: A.C. McClurg
- EHRENREICH, Barbara (2002): *Nickel and Dimed*. New York: Henry Holt.
- ENNIS, James (1992): «The Social Organization of Sociological Knowledge: Modeling the Intersection of Specialties». *American Sociological Review* 57: 259-65.
- EPSTEIN, Steven (1996): *Impure Science*. Berkeley, CA: University of California Press.
- ETZIONI, Amitai (1993): *The Spirit of Community*. New York: Simon and Schuster.
- EVANS, Peter (2004): «Development as Institutional Change: The Pitfalls of Monocropping and the Potentials of Deliberation». *Studies in Comparative International Development* 38: 30-53.
- FOURCADE-GOURINCHAS, Marion (2004): «The Construction of a Global Profession: The Case of Economics», Department of Sociology, University of California, Berkeley, CA. Unpublished manuscript.
- FRASER, Nancy (1997): *Justice Interruptus*. New York: Routledge.
- GAMSON, William (2004): «Life on the Interface». *Social Problems* 51: 106-10.
- GANS, Herbert (2002): «More of Us Should Become Public Sociologists». *Footnotes* (July/August) 30: 10.
- GOODWIN, Jeff and Jim JASPER, eds. (2004): *Rethinking Social Movements*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- GOULDNER, Alvin (1968): «The Sociologist as Partisan: Sociology and the Welfare State». *American Sociologist* 3: 103-6.
- (1970): *The Coming Crisis of Western Sociology*. New York: Basic Books.
- HABERMAS, Jürgen (1984): *The Theory of Communicative Action*. (Two Volumes). Boston, MA: Beacon.
- (1991) [1962]: *The Structural Transformation of the Public Sphere*. Cambridge, MA: MIT Press.
- HAN, Shin-Kap. (2003): «Tribal Regimes in Academia: A Comparative Analysis of Market Structure Across Disciplines». *Social Networks* 25: 251-80.
- HORKHEIMER, Max (1974) [1947]: *Eclipse of Reason*. New York: Seabury Press.
- HORKHEIMER, Max and Theodor ADORNO (1969) [1944]: *Dialectic of Enlightenment*. New York: Seabury Press.
- HOROWITZ, Irving Louis (1993): *The Decomposition of Sociology*. New York: Oxford University Press.
- JACOBY, Russell (1987): *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*. New York: Noonday Press.
- KANG, Kelly (2003): *Characteristics of Doctoral Scientists and Engineers in the United States: 2001*. Arlington, VA: National Science Foundation. Division of Science Resources Statistics.
- KIRP, David (2003): *Shakespeare, Einstein, and the Bottom Line*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- LAKATOS, Imre (1978): *The Methodology of Scientific Research Programmes*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- LARSON, Olaf and Julie ZIMMERMAN (2003): *Sociology in Government: The Galpin-Taylor Years in the U.S. Department of Agriculture 1919-1953*. University Park, PA: University of Pennsylvania Press.
- LEE, Alfred McClung (1976): «Sociology for Whom?». *American Sociological Review* 41: 925-36.
- LIPPMANN, Walter (1922): *Public Opinion*. New York: Harcourt, Brace and Company.
- LIPSET, Seymour Martin and Neil J. SMELSER (1961): *Sociology: The Progress of a Decade*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- LYMAN, Stanford (1992): *Militarism, Imperialism, and Racial Accommodation: An Analysis and Interpretation of the Early Writings of Robert E. Park*. Fayetteville, AK: University of Arkansas Press.
- LYND, Robert (1939): *Knowledge for What? The Place of Social Sciences in American Culture*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- MARULLO, Sam and Bob EDWARDS (eds.). «Service-Learning Pedagogy as Universities' Response to Troubled Times». Special issue of *American Behavioral Scientist* 43: 741-912.
- MCCORMICK, Sabrina; Julia BRODY; Phil BROWN and Ruth POLK: Forthcoming. «Public Involvement in Breast Cancer Research: An Analysis and Model for Future Research». *International Journal of Health Services*.
- MERTON, ROBERT (1949): *Social Theory and Social Structure*. Glencoe, IL: Free Press.
- MILLS, C. Wright (1959): *The Sociological Imagination*. New York: Oxford University Press.
- MOORE, Kelly. 1996. «Organizing Integrity: American Science and the Creation of Public Interest Organizations, 1955-1975». *American Journal of Sociology* 101: 1592-1627.
- MUELLER, John (1973): *War, Presidents and Public Opinion*. New York: John Wiley.
- MYRDAL, Gunnar (1944): *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*. New York: Harper and Row.
- OSTROW, James; Garry HESSER and Sandra ENOS (eds.) (1999): *Cultivating the Sociological Imagination: Concepts and Models for Service-Learning in Sociology*. Washington, DC: American Association for Higher Education.
- PAGER, Devah (2002): *The Mark of a Criminal Record*. Ph.D. dissertation, Department of Sociology, University of Wisconsin, Madison, WI.
- PARK, Robert (1972) [1904]: *The Crowd and the Public*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- PARSONS, Talcott (1937): *The Structure of Social Action*. New York: McGraw Hill.
- (1951): *The Social System*. New York: Free Press.
- (1961): «An Outline of the Social System»; pp. 30-79 in *Theories of Society* edited by Talcott Parsons, Edward Shils, Kaspar Naegele, and Jesse Pitts. New York: Free Press.
- PATTERSON, Orlando (2002): «The Last Sociologist». *The New York Times*, May 19th.
- PRESIDENT'S RESEARCH COMMITTEE ON SEARCH TRENDS (1933): *Recent Social Trends in the United States*. New York: McGraw-Hill.
- PURSER, Gretchen; Any SCHALET and Ofer SHARONE (2004): *Berkeley's Betrayal: Wages and Working Conditions at Cal*. Presented at the annual meeting of the American Sociological Association, August 16, San Francisco, CA.
- PUTNAM, Robert (2001): *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon and Schuster.
- RHOADES, Lawrence (1981): *A History of the American Sociological Association, 1905-1980*. Washington, DC: American Sociological Association.
- RIESMAN, David (1950): *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Character*. New Haven, CT: Yale University Press.
- RYAN, Charlotte (2004): «Can We Be Compañeros». *Social Problems* 51:110-13.
- SCHURMAN, Rachel and William MUNRO (2004): «Intellectuals, Ideology, and Social Networks: The Process of Grievance Construction in the Anti-Genetic Engineering Movement». Department of Sociology, University of Illinois, Urbana-Champaign, IL. Unpublished manuscript.
- SELZNICK, Philip (2002): *The Communitarian Persuasion*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- SEN, Amartya (1999): *Development as Freedom*. New York: Random House.
- SENNETT, Richard (1977): *The Fall of Public Man*. New York: W.W. Norton.
- SITAS, Ari (1997): «The Waning of Sociology in South Africa». *Society in Transition* 28:12-9.
- SKOCPOL, Theda (2003): *Diminished Democracy: From Membership to Management in American Civic Life*. Norman, OK: University of Oklahoma Press.
- SMITH, Dorothy (1987): *The Everyday World As Problematic*. Boston, MA: Northeastern University Press.
- SPALTER-ROTH, Roberta and William ERSKINE (2004): *Academic Relations: The Use of Supplementary Faculty*. Washington, DC: American Sociological Association.
- STACEY, Judith (2004): «Marital Suitors Court Social Science Spin-Sters: The Unwittingly Conservative Effects of Public Sociology». *Social Problems* 51:131-45.
- STACEY, Judith and Timothy BIBLARZ (2001): «(How) Does the Sexual Orientation of Parents Matter?». *American Sociological Review* 66: 159-83.
- STOUFFER, William et al. (1949): *The American Soldier*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- STRAND, Kerry; Sam MARULLO, Nick CUTFORTH; Randy STOECKER, and Patrick DONOHUE (2003): *Community-Based Research and Higher Education*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- TURNER, Stephen and Jonathan TURNER (1990): *The Impossible Science: An Institutional Analysis of American Sociology*. London and Newbury Park, CA: Sage Publications.
- UGGEN, Christopher and Jeffrey MANZA (2002): «Democratic Contraction? Political Consequences of Felon Disfranchisement in the United States». *American Sociological Review* 67: 777-803.
- VAUGHAN, Diane (2004): «Public Sociologist by Accident». *Social Problems* 51: 115-18.
- WAITE, Linda and Maggie GALLAGHER (2000): *The Case for Marriage*. New York: Doubleday.

- WALLERSTEIN, Immanuel; Calestous JUMA; Evelyn Fox KELLER; Jurgen KOCKA; Dominique LECOURT; V. Y. MUDKIMBE; Kinhide MIUSHAKOJI; Ilya PRIGOGINE; Peter J. TAYLOR and Michel-Rolph TROUILLOT (1996): *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social sciences*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- WACQUANT, Loïc (2004): «Following Bourdieu into the Field». *Ethnography* 5(4).
- WARNER, Michael (2002): *Publics and Counterpublics*. New York: Zone Books.
- Webster, Edward (2004): «Sociology in South Africa: Its Past, Present and Future». *Society in Transition* 35: 27-41.
- WILSON, William Julius (1996): *When Work Disappears*. New York: Knopf.
- WOLFE, Alan (1989): *Whose Keeper?* Berkeley, CA: University of California Press.